

INSTITUTO TEOLÓGICO
PASTORAL DEL CELAM
Biblioteca

pastoral y parroquia en la ciudad

51/ CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO – CELAM

1982 - 94p

CONTENIDO

	Pag.
Introducción	
Mons. Antonio Quarracino	3
Capítulo I	
Una Iglesia Evangelizadora de la nueva ciudad latinoame- ricana	5
Capítulo II	
La Parroquia en la ciudad	25
Capítulo III	
Algunas líneas para una pastoral de la parroquia urbana. . .	59
1. La planeación de la pastoral urbana	59
2. La Catequesis en la pastoral de la parroquia urbana. . .	69
3. La Liturgia en la pastoral urbana	80

Editado por
Conceptos Gráficos & Cía
Febrero 1982

INTRODUCCION

Cuando Pablo VI, en su Carta Apostólica "Octogésima Adveniens", se refiere a los "nuevos problemas sociales" comienza expresando: "un fenómeno mayor atrae nuestra atención, tanto en los países industrializados como en las naciones en vía de desarrollo: la urbanización. Después de largos siglos la civilización agraria se está debilitando".

No fue recién en 1971, año de la publicación de aquella Carta Apostólica, cuando se advirtió el fenómeno, ni tampoco apenas entonces surgió la preocupación pastoral en la Iglesia ante esa realidad que ciertamente había cobrado relieve mayor después de la segunda guerra mundial.

Puebla, a su vez, en 1979 hablará de las "proporciones alarmantes" que adquiere ese fenómeno en América Latina. Piénsese en lo que ha significado —y significará— cuantitativamente el crecimiento de ciudades como México, Bogotá, Lima, Caracas, San Pablo y la configuración del denominado Gran Buenos Aires. Solamente ejemplificamos con nombres mayores, pero ¿cuántas son las ciudades que en pocos años, de pequeños pueblos han pasado a ser ciudades de densa población?

Mucho se ha escrito sobre el tema destacando los aspectos y las consecuencias de carácter social, económico, psicológico y moral; y cualquiera ve claramente que para la tarea pastoral de la Iglesia constituye un desafío sumamente serio. De qué manera hacer llegar el Mensaje a esas amplias áreas humanas? Cómo la Iglesia puede estar

presente en la cultura, en las costumbres, en la mentalidad del diversificado mundo urbano? Con qué instrumentos cuenta la Iglesia para desarrollar en él la misión evangelizadora? Los interrogantes se pueden acumular fácilmente. Los mismos interrogantes que sin duda consumen prolongadas viglias de Pastores que el Señor ha puesto para regir esos enormes rebaños.

La Asamblea Ordinaria del CELAM, celebrada en Los Teques (1979), recomendó estudiar ese problema, y el Secretariado General quiso concretar esa recomendación. Con tal fin, convocó a algunos miembros del Equipo de Reflexión y a otros expertos, para un Encuentro cuyo resultado son las páginas de este texto. Nadie pensará encontrar en ellas un enfoque exhaustivo e indiscutible del tema como tampoco respuestas — recetas a su frondosa problemática. Se trató de ofrecer algunos elementos para la reflexión y de señalar, muy en general, ciertas líneas de acción. Todo ello deberá ser dialogado, ampliado, profundizado y concretado en las Iglesias locales y por ellas mismas.

Este breve volumen pretende además prestar una ayuda para la preparación de un Encuentro que este Secretariado desea realizar en 1982 con los Pastores de las capitales nacionales y de las arquidiócesis o diócesis cuyas sedes episcopales cuentan con más de un millón de habitantes. Dicho Encuentro versaría sobre aspectos pastorales de las grandes ciudades.

Estos son las intenciones que motivaron la publicación del presente volumen. Gracias a Dios si su lectura resulta provechosa!

ANTONIO QUARRACINO
Secretario General del CELAM

CAPITULO I

UNA IGLESIA EVANGELIZADORA DE LA NUEVA CIUDAD LATINOAMERICANA

Esta reflexión intenta aclarar la misión de la Iglesia en relación con las actuales ciudades latinoamericanas, teniendo en cuenta los nuevos factores que las dinamizan y determinan su futuro próximo.

Asentamos dos presupuestos fundamentales. El primero considera a la Iglesia como un **cuerpo orgánico**, dotado de una misión evangelizadora que se dirige no sólo a los individuos sino principalmente a las comunidades y a las diferentes culturas. El segundo presupuesto entiende a la ciudad como **comunidad humana** específica, marcada por sus propias exigencias y responsabilidades.

Además es menester reconocer de antemano algunas dificultades propias del tema. En primer lugar su extraordinaria complejidad, que es fruto de la riqueza del fenómeno urbano, en la cual deben tenerse en cuenta la variedad de las urbes, cada una con su propia originalidad; la interdependencia de aquéllas con su respectiva zona de influencia; el juego de relaciones vigente entre unas y otras ciudades, lo mismo que entre éstas y los denominados "centros inespaciales de poder" que se han originado en el mundo a causa de los modernos sistemas de comunicación. De tal complejidad no es difícil inferir desde ya que si, por una parte, cada ciudad necesita un

plan específico de acción pastoral, por la otra, dicho plan debe estar en conexión con los planes nacionales e incluso, de alguna manera, con un proyecto pastoral continental.

Encontramos una segunda dificultad en la escasa disponibilidad de estudios realizados hasta el momento sobre pastoral urbana, principalmente en América Latina, y en la limitación de las experiencias que se conocen. Lo cual no es sorprendente, si se tiene en cuenta que es muy reciente el surgimiento de una conciencia pastoral que trate de enfrentar la ciudad como un todo

1. LA MISION EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

Para empezar es conveniente recordar la misión de la Iglesia, considerándola en tres niveles diferentes: el de la Iglesia en general, el de la Iglesia local —entendida en sentido teológico como la comunidad cristiana presidida por un Obispo y ubicada en un espacio determinado—, y el nivel de la Iglesia local urbana —entendida como la comunidad católica que vive y se organiza en una ciudad determinada—.

Misión de la Iglesia

La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios que tiene la misión de Cristo: colaborar con la fuerza del Espíritu Santo en la salvación integral de la humanidad, mediante un método original y propio —el método del Reino de Dios— que pretende alcanzar dicha salvación por la conversión interna de las personas, de las culturas y de los pueblos. Por consiguiente, la Iglesia ha de concebirse primariamente como un cuerpo de salvación, el Cuerpo de Cristo.

La salvación a la que aspira la Iglesia es una salvación **integral** del hombre, es decir, bajo todos sus aspectos. En síntesis

es una salvación que pretende simultáneamente la filiación divina del hombre en Cristo, su encuentro fraternal con los otros hombres y el señorío sobre la naturaleza

Precisamente porque la salvación pretendida por la Iglesia es integral, el sujeto último al que la Iglesia evangeliza, buscando su conversión, es la **comunidad humana total**, los pueblos y las culturas, ya que sin la conversión del pueblo y de su cultura la salvación integral de hecho se hace prácticamente imposible

En orden a la conversión de los pueblos y de las culturas, la Iglesia, como Cristo, orienta su actividad inmediata a la conversión de personas que se incorporan al dinamismo de su misión, y a la formación de ambientes que comienzan a vivir en una cultura conforme a las exigencias del Reino. Pero, al mismo tiempo, descubre aquellas personas, movimientos y ambientes que, sin ser cristianos, aparecen actuando con la dinámica del Reino hacia los mismos objetivos, para colaborar con ellos en la instauración de un mundo nuevo (G.S. n.19).

Pero la Iglesia, en este proyecto de salvación, actúa con un **método original y propio**, totalmente opuesto al método o a los métodos utilizados por los sistemas marcados por el pecado, ya que la transformación liberadora del mundo no pretende realizarla por caminos de fuerza e imposición, sino por la conversión interna y profunda que ha de originarse en el mismo corazón de los pueblos y de las culturas.

Siguiendo el pensamiento paulino, el mundo del pecado está dominado por el pecado, la muerte y la ley. Cuando dicha situación se transforma en dinamismo conformador del mundo y de la sociedad se articula con hombres endiosados, cuyo poder descansa en la fuerza temerosa de la muerte —que se transforma en homicidio—, y

en la imposición de sus propios proyectos —el despotismo de la ley—, restaurando y regenerando continuamente el mismo esquema de señores y esclavos.

El dinamismo de la Iglesia se apoya en la subordinación a la Soberanía de Dios (Reino de Dios), que establece como fuerzas el amor-servicio a los hombres, el respeto a la vida y la promoción liberadora de la libertad. Por ese motivo, el instrumento del que dispone la Iglesia para realizar su misión se reduce originalmente a la fe de la propia Iglesia, a la fuerza de la palabra —que anuncia y que denuncia— y a los signos, al testimonio de que ya es posible vivir conforme a las exigencias del Reino, incluso en un mundo en el que externamente prevalece el pecado.

La Iglesia local

La Iglesia local es la Iglesia que se realiza y vive bajo la dirección de un Obispo, en medio de un pueblo ubicado en una geografía concreta. Sin perder la perspectiva universal de toda la Iglesia, su misión (que es la misión de la Iglesia) se orienta a la evangelización de dicho pueblo, aspirando a su salvación integral y comunitaria.

Por eso, entre otras características, la Iglesia local ha de ser una Iglesia inculturada e integrada fundamentalmente por miembros del mismo pueblo en el que se realiza. Ha de ser una Iglesia abierta a la salvación **concreta** del pueblo en el que se encuentra enraizada, **adaptando** su mensaje a sus problemas concretos —aunque sin perder una perspectiva universal y planetaria— y **acompañando pedagógicamente** el proceso de conversión de todo el pueblo

La Iglesia local urbana

Entendemos aquí por Iglesia local urbana, la Iglesia (comu-

nidad total) enraizada en la ciudad y que tiene como misión inmediata la evangelización, conversión y salvación integral y comunitaria de la ciudad.

Se trata, por tanto, de una Iglesia cuya encarnación se concreta en **inculturación urbana** y que, consciente de los pecados concretos en los que viven en la comunidad ciudadana, tiene como objetivo su conversión para que la ciudad terrena sea simultáneamente la ciudad de Dios, lo cual no coincide necesariamente —en una interpretación plural del Reino de Dios mientras la humanidad marcha en la historia— con la ciudad cristiana.

2. UN ACERCAMIENTO A LA COMPRESION DE LA CIUDAD

De hecho es casi imposible dar una definición de ciudad. Detrás de dicha palabra se encuentran las imágenes y concreciones más diversas, según las diferentes culturas, momentos históricos, etc. en los que aparecen, evolucionan y viven las ciudades.

Pretendemos dar un acercamiento a la comprensión de la ciudad en general, de la ciudad actual y, más en concreto, de la ciudad latinoamericana, realidad esta última de nuestra preocupación pastoral.

La ciudad en general

La ciudad fundamentalmente es una concentración humana en un determinado punto del espacio, que se reconoce con una función determinada: ser centro de ciertos servicios para las ciudades de segundo orden o de poblados ubicados en la región sobre la que ejerce su influencia.

La concentración humana en su propio emplazamiento se or-

ganiza y elabora su propio medio ecológico humano (la urbe) que simultáneamente ejerce las funciones de "habitat" e instrumento de trabajo para los ciudadanos

La concentración urbana se constituye de esta manera en un tipo de comunidad específica, en la que se pueden marcar entre otros los siguientes caracteres:

a) Tiene una **conciencia colectiva**, por la cual sus habitantes afirman que pertenecen a tal ciudad (es decir, a tal comunidad), considerando sus logros y fracasos colectivos como propios. Esta conciencia supone en el fondo que en la comunidad urbana existen unas responsabilidades comunes, una participación y cierta comunión, factores que posibilitan el desarrollo concreto de la ciudad

b) La comunidad urbana mantiene un tipo de organización compleja que viene determinada por las **"especializaciones complementarias"** de sus habitantes (maestros, médicos, comerciantes, responsables de centros de diversión, etc. etc.), lo que exige un **sistema regulado de relaciones**, en la que tiene una importancia decisiva el acuerdo en el tiempo medido por el reloj

c) La complejidad de la estructura de las relaciones urbanas origina la valoración prioritaria de una comunidad en la que prevalecen las **relaciones de tipo primario** (relaciones objetivas) sobre las de tipo secundario (relaciones subjetivas). Las relaciones de tipo primario son "funcionales" o profesionales: por ellas se establecen los contactos con el banquero, el médico, el cartero, el mecánico, etc. Son relaciones "objetivas" porque ellas constituyen el tejido de la existencia social y no dependen de factores subjetivos como la simpatía. Las de tipo secundario se establecen por razones de afinidad, por elección o preferencia, como los grupos de amigos, la tertulia, el club, la banda de música, la Comunidad de base, etc.

Estos elementos característicos, apenas enunciados someramente, dan origen a un tipo de comportamiento y a una cultura peculiar ciudadana, es decir, a una forma concreta y específica de entrar en relación con la naturaleza, con los demás hombres y con Dios.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que este tipo de cultura (ciudadana) no se manifiesta como algo simplemente autónomo, sino como un modo particular de realización de la cultura propia de la nación o sociedad más amplia a la que pertenece la ciudad. En efecto, ninguna ciudad es un ente totalmente autónomo, sino que por el contrario está en relación y vive en función de la zona cuyo centro es. Hay pues una cultura común en cada sociedad que abarca dos dimensiones diferentes tradicionalmente llamadas cultura rural (rústica) y cultura urbana.

Pero la ciudad establece una diferencia cultural con el campo, la cual se plasma en una jerarquía de valores que ha sido considerada como "progresista" frente a la tabla de valores de los habitantes del campo, reputada como tradicionalista y conservadora.

Más aún; las especializaciones y las marcadas diferencias sociales que la ciudad por su misma estructura establece, normalmente hace que dentro de una tabla de valores ciudadanos se genere un conjunto de subculturas, dando origen a un pluralismo cultural que contrasta fuertemente con el monolitismo de las culturas campesinas y rurales.

Simultáneamente, en la ciudad se incorporan los sistemas políticos, sociales y económicos imperantes, e incluso el sistema religioso cuando la ciudad se encuentra en una sociedad de marcado sentido "monoteísta", como sucede en los actuales países musulmanes y en los antiguos regímenes de cristiandad. Estos sistemas,

al incorporarse a la ciudad, la organizan y hasta estructuran urbanísticamente conforme a sus propios modelos, no siempre coincidentes con las exigencias últimas de lo que denominaríamos un "humanismo urbano", es decir, un conjunto de exigencias que quedan postuladas automáticamente por el hecho de congregarse los hombres en la ciudad para que pueda realizarse una auténtica comunidad humana urbana. Dicho "humanismo urbano" vendría a dar los grandes principios de la política-urbana. Este hecho ha originado y origina en muchos casos la convivencia en la ciudad de dos sistemas simultáneos, los ideológicos externos y los "políticos urbanos", que suelen crear las contradicciones internas de la ciudad con prejuicio de la comunidad ciudadana.

Los sistemas imperantes y asumidos en la ciudad terminan configurando la organización y estableciendo los símbolos urbanísticos de la ciudad. La misma geografía urbana, para el lector avezado, se abre como una denuncia de los poderes deshumanizantes de la ciudad y es una pedagoga de las generaciones que incorpora a su sistema.

La ciudad actual

Dentro de las características generales de la ciudad, en nuestra sociedad moderna intervienen dos fenómenos que vienen a dar una nueva modalidad a las urbes. Estos nuevos factores son la aparición de la industria (superación de la tradicional artesanía) y los nuevos sistemas de comunicación (tanto en transporte como en información). Son factores que inciden en las ciudades convirtiéndolas, de lo que tradicionalmente eran, en centros industriales, incrementando el intercambio comercial y haciendo aparecer un sinnúmero de nuevos servicios.

Del mismo modo, por efectos de estos factores, la ciudad se

convierte en un gran centro de comunicación humana, foco de conciencia colectiva que irradia a diversos niveles, y receptor-transmisor de todas las corrientes de pensamiento con sus problemas y planteamientos.

De donde se siguen varias consecuencias. La primera es que la ciudad, así transformada por la industrialización y los sistemas de comunicación, incrementa su poder sobre su zona de influencia y genera un movimiento en dos direcciones opuestas: movimiento centrípeto de inmigración de las masas campesinas que, "expulsadas del campo", buscan refugio en las ciudades; movimiento centrífugo de transmisión de patrones culturales urbanos hacia el campo. Este doble movimiento cambia las antiguas y claras relaciones entre ciudad y campo, que ya no se distinguen como antaño. El campo trae a la ciudad con los inmigrantes todos los problemas de la cultura agraria; la ciudad penetra el mundo campesino con sus patrones culturales.

Lógicamente, todos estos nuevos factores y consecuencias unidas, dan origen a una novísima cultura urbana, extraordinariamente compleja, que incide en todos los sectores de la vida (economía, política, familia, estética, pedagogía y religión) con un cúmulo de problemas inéditos que definitivamente vuelven a abrir en un nuevo contexto las tres preguntas fundamentales: qué es el mundo; quién es el hombre; quién es Dios.

3. LA CIUDAD LATINOAMERICANA

Si, como se indicaba al principio, es prácticamente imposible elaborar una imagen común de la ciudad, lo mismo sucede si se quiere presentar la de la ciudad latinoamericana. Pero no obstante sus marcadas diferencias (lo que exigiría al menos la presentación de una tipología fundamental desde distintas perspectivas), hay una

serie de características por las que se define de alguna manera la ciudad latinoamericana. A grandes rasgos podríamos distinguir la tradicional, la actual y la que ya se adivina en el futuro inmediato

La ciudad tradicional

De origen relativamente reciente, tiene estructura típicamente colonial, en la que se integra a niveles diferentes la cultura colonizadora con las culturas autóctonas del continente, originando la primitiva cultura latinoamericana, con una personalidad difícil de definir pero que se impone intuitivamente.

Las ciudades latinoamericanas nacen bajo el signo de la conquista. Los españoles al irrumpir en América "fundan" ciudades que la colonia habrá de consolidar y fortificar. Para los conquistadores las tierras descubiertas y subyugadas representan la "incultura", la selva virgen, el atraso; los centros urbanos que van construyendo simbolizan la presencia de la "cultura", de la civilización y del adelanto. Además son plataforma de lanzamiento para la conquista y transformación del campo. Y como esta conquista es simultáneamente evangelización, las ciudades son desde un principio parroquias, muy imbuídas de espíritu misionero que animaba la acción pastoral dirigida a la conversión de los indios quienes —como en los antiguos tiempos del Imperio Romano— eran "paganos", es decir habitantes del campo (pagus) e ignorantes de la verdad evangélica. La tarea era pues, doble: sacarlos de la idolatría con la evangelización y sacarlos del estado salvaje (silvestre) con la civilización.

Toda la novedad del "experimento Brasilia" tuvo su precedente en la mayoría de las ciudades fundadas por los españoles.

Las ciudades eran, por ello, un puente indispensable entre "esos reinos". No es raro por lo tanto que en ellas —"esos reinos"—

hubiera quedado plasmado el espíritu barroco en las piedras, las calles, los templos y las artes visuales. Las ciudades fundadas por los españoles son además la estructura que promueve y facilita el mestizaje, así como en el Norte las ciudades fundadas por los ingleses son el instrumento de la segregación. Este espíritu barroco y esta apertura al mestizaje es algo que caracteriza a las ciudades latinoamericanas y que sella su historia con un distintivo que no tienen las ciudades de Asia o de Africa.

Tras los complejos problemas de la independencia, la expansión planetaria de los fenómenos de la industrialización y de los modernos medios de comunicación, simultáneamente con fuertes corrientes migratorias hacia América Latina, se estructura la **ciudad actual**.

La comunidad de estas ciudades es compleja: hay ciudades constituidas casi exclusivamente por inmigrantes (sea anteriores a la independencia, sea posteriores a dicha independencia); ciudades de población criolla, inmigrante, mestiza e indígena; ciudades a las que hay que añadir fuertes contingentes africanos incorporados durante la colonia en condiciones sociales muy específicas.

La incorporación de la nueva industria (a excepción de las industrias más directamente conectadas con los productos agropecuarios), que en general es una industria importada, ha producido una fuerte dependencia frente a los centros de origen.

Los nuevos medios de comunicación social (principalmente los denominados "mass media") han reforzado la dependencia externa con información y transmisión de patrones y modelos de culturas foráneas. De esto se siguen algunas consecuencias inmediatas.

La primera es que el nuevo equipamiento de las ciudades latinoamericanas ha originado, como en otros continentes, unas fuertes corrientes inmigratorias hacia las ciudades y ha contribuido al gigantismo urbano, con un predominio de la edificación extensiva sobre la intensiva.

En segundo lugar, las masas urbanas no encuentran empleo en el sector de la producción, ni siquiera en el comercio organizado y tienen que ir a engrosar el sector terciario, o de los servicios, que se desarrolla desproporcionadamente para disimular lo que en realidad es una situación de desempleo masivo: miles de personas deambulan por las calles prestando servicios ocasionales y ofreciendo productos "de estación" por un lapso breve, para luego encontrar otro "oficio", siempre temporal. Aparentemente están ocupadas, pero su real situación es de inestabilidad. Nada más aleatorio que el trabajo de estas grandes masas urbanas.

Otra consecuencia de esta urbanización acelerada es el modelo social que rige las relaciones en la ciudad actual latinoamericana, el cual es acusadamente asimétrico como puede apreciarse en la misma arquitectura y en el urbanismo que se reparte entre "zonas residenciales" y "zonas marginadas". Simultáneamente los agudos problemas sociales incrementan los conflictos y la conciencia que de ellos se va teniendo, debido al crecimiento demográfico y a la influencia de los medios de comunicación social.

El futuro de las ciudades latinoamericanas

Se prevé de alguna manera determinado por el desarrollo demográfico de la población y la prevalencia en los años próximos de una población joven que aspira a vivir una vida humana y conforme a los nuevos patrones y a las posibilidades de la sociedad moderna; con la urgencia —y la posibilidad— de una industrialización interna;

con el desarrollo de la conciencia de las llamadas masas populares.

Todos estos factores, dentro de ciudades gigantes, pueden originar ciudades con una cultura cada vez más deshumanizada y consiguientemente con fuertes cargas explosivas en su interior.

4. LA IGLESIA LOCAL URBANA Y LA CIUDAD LATINOAMERICANA

Las Iglesias locales urbanas de América Latina se han venido encontrando, y se encontrarán cada vez más en el futuro, con ciudades en las que la mayoría de la población se dice cristiana y se encuentra en general animada por una fuerte religiosidad que se expresa en manifestaciones variadas; a veces incluso ambiguas y discutibles. Pero simultáneamente esas iglesias se ven enfrentadas con una serie de graves problemas: desproporción creciente entre el número de fieles y el número limitado de agentes de pastoral; profunda mutación cultural y acelerado cambio en la población de los cristianos; influencia profunda de valores no cristianos e incluso no humanos, que penetran a través de los medios de comunicación.

Entre esos problemas puede todavía mencionarse el desequilibrio o asimetría entre el cristianismo de las personas y la deshumanización de las estructuras sociales y económicas que dominan la ciudad. Las ciudades, más que centros de servicios a la zona de influencia, se constituyen en centros de poder parasitario determinando una expulsión del campo que concentra nuevas masas en la misma ciudad. Debido a sus sistemas, las ciudades se transforman en medios ecológicos inhumanos para amplios sectores de la población, rompiendo las exigencias de una estructura comunitaria urbana, que se hace tanto más viviente cuanto más cerca están de los beneficios de la ciudad los "privilegiados" y más lejos los "marginados". Lamentablemente, en una población cristiana en su mayoría, el medio

mismo desarrolla la agresividad en sus diversas manifestaciones, que con frecuencia sólo es contenida por la represión. Téngase en cuenta, además, que simultáneamente el contraste entre religiosidad popular y esquema ecológico-social inhumano, unido a los modelos de corte materialista con frecuencia presentados por los medios de comunicación social, pueden generar un proceso de "ateización" que junto con el proceso secularizador generado por los nuevos tipos de urbes, pueden desencadenar un secularismo marcadamente agresivo y violento.

Las iglesias locales-urbanas deben crear una **relación pastoral original** con la ciudad que, aunque se considere mayoritariamente cristiana, tiene necesidad primordial de ser evangelizada como comunidad urbana. Esta evangelización ha de realizarla desde lo característico de su propia misión. La Iglesia no es la dimensión temporal que ha de humanizar la comunidad urbana y la ciudad, pero a ella le corresponde la evangelización de dicha realidad y la debe evangelizar desde la originalidad del fenómeno urbano, atendiendo a las características propias de dicho fenómeno y de dicha cultura. Esa evangelización no podrá realizarse con modelos foráneos, sino con patrones y modelos que respondan al ser y a la manera de actuar, características del hombre y de la comunidad latinoamericana. Ha de ser una evangelización que al mismo tiempo que atienda al desarrollo de la fe, tiene presente la humanización de la comunidad ciudadana en cuanto tal, abordando con valentía, con creatividad y con humildad los problemas en que ésta se encuentra sumida y de cuya solución depende la posibilidad de llegar a una **salvación integral de la ciudad**. Este tipo de evangelización —sin abandonar una labor asistencial para los casos más necesitados—, mira más allá de la mera asistencia, aspira a una reforma por conversión interna de toda la comunidad urbana.

Para que pueda establecerse dicha relación nueva hacen falta

dos elementos: el que llamaríamos "reevangelización urbana de las iglesias locales" y su proyecto de evangelización.

5. REEVANGELIZACION DE LA IGLESIA LOCAL URBANA

Entendemos fundamentalmente por "reevangelización urbana de las Iglesias locales ciudadanas", el proceso por el que los agentes de pastoral de dichas Iglesias, a partir de una identificación con el misterio de la misión de Cristo, toman conciencia y se deciden —abandonando viejas mentalidades— a estructurarse como cuerpo unitario, orgánico y compacto de evangelización, cuyos objetivos son asumidos por los cristianos y por los que acepten el mensaje de Cristo en un cuerpo de salvación evangelizadora, para hacer de la ciudad una comunidad humana y fraternal. Reeangelizarse es, por tanto, hacerse cuerpo de Cristo para la conversión y salvación de la ciudad como comunidad humana con una cultura determinada y concreta, es decir, con una cultura urbana-latinoamericana.

Esto supone, entre otros aspectos, una Iglesia capaz de encarnarse en el proceso de urbanización y de asimilar internamente las características profundas de la cultura urbana, del ser-urbano, del profundo y característico humanismo urbano que aspira a la liberación por la fuerza de Cristo resucitado. Supone, así mismo, la asimilación de una nueva vivencia del tiempo y del espacio —el tiempo y el espacio urbano, que no coincide con el rural—; de un nuevo tipo de comunidad en todos sus niveles (comunidad urbana global, comunidades funcionales, comunidades integradas en servicios comunes, comunidades de intimidad y sintonía, comunidad familiar)

Implica, además, una actitud que, sin olvidar la tradición —una ciudad tiene su historia— se orienta fundamentalmente hacia el futuro, con una capacidad de adaptación a las nuevas situaciones y desafíos, y a nuevas formas de asimilar internamente la comunicación,

la participación y la corresponsabilidad.

Supone una Iglesia que corporativamente mira a la ciudad "desde los pobres de la ciudad y de la zona de influencia de la ciudad", como lugar privilegiado para descubrir las incoherencias del sistema urbano por el que se rige la comunidad. Pero es una mirada cargada de esperanza, en la medida en que aplique la metodología auténticamente evangélica, que continuamente será mirada con burla por unos y con escándalo por otros.

Supone una Iglesia que sin perder los objetivos finales, modestamente se orienta en principio a la creación de nuevos ambientes que sean la levadura de una modificación de ambiente que lleve al cambio de sistemas y estructuras inhumanas de la ciudad

Esta reevangelización supone que la Iglesia entra en un diálogo continuo con la ciudad y todos sus sectores, los pobres especialmente, con las distintas agrupaciones y consigo misma para actuar con discernimiento tanto en general como en los casos particulares.

Se trata de una Iglesia que, viviendo en un ambiente pecaminoso, es capaz ya de realizar en su interior la "ciudad de Dios" —similar a la que intentaban crear las primeras comunidades cristianas—, como modelo y testimonio de que es posible vivirla en la ciudad total. Pero es posible sólo por la fuerza de una fe profunda, porque en el seno de la Iglesia se ha de instaurar ya una "ciudad de Dios" constituida por hombres que viven en otra ciudad con características muy diferentes.

6. LA EVANGELIZACION DE LA CIUDAD LATINOAMERICANA

Sólo pretendemos señalar unas pistas que puedan ayudar al

diálogo que sirva para profundizar un tema todavía demasiado novedoso para la mayoría de los agentes de pastoral urbana.

La evangelización de la ciudad supone en primer lugar que la Iglesia local urbana, desde la Palabra de Dios y desde el "humanismo urbano latinoamericano", elabore y descubra **la utopía de la ciudad**, que en último término ha de coincidir con el proyecto de Dios sobre la ciudad que quiere sea regida por el dinamismo del Reino. Sólo la elaboración de dicha utopía permite orientar la labor evangelizadora de una Iglesia local urbana, descubrir los auténticos pecados y las contradicciones de la comunidad urbana que la alejan y le impiden vivir en la utopía.

Intentando unas líneas muy generales podríamos decir que la ciudad latinoamericana debería estar constituida por una comunidad humana y orgánicamente integrada, donde un fuerte contingente de sus miembros viven su cristianismo cargado de tradición pero con fuerza para colaborar en el mejoramiento evangelizador de la comunidad capaz de desarrollar y desplegar armónicamente todo su potencial natural y humano; defensora y promotora de los derechos de todos sus hombres y de todas sus instituciones; servidora y no dominadora de la zona que centraliza funcionalmente.

La marcha hacia esta utopía ha de ser autónoma y autóctona —como todo movimiento auténticamente vital y humano—, es decir, desde la interioridad de la propia comunidad urbana. Por eso, dicha marcha no debe ser dirigida desde fuera, ni dominada por intereses extraños a los de la propia comunidad ciudadana.

Ha de ser una marcha responsable, en la que se sientan orgánicamente integrados todos los ciudadanos y en la que la Iglesia ha de participar alentando y orientando con su palabra evangélica que invita a creer en los hombres y en su libertad, cuando estos se

sienten movilizados por una empresa común que redunda en beneficio de todos.

La Evangelización implica que la Iglesia sea simultáneamente muy consciente de **las dificultades** que impiden aproximarse a esta utopía y a iniciar dicha marcha.

Hay dos dificultades fundamentales. Una son los intereses exteriores y egoístas que procura manipular la ciudad desde fuera para el beneficio de entidades y personas extrañas. En la interioridad misma de la ciudad se encuentran las grandes dificultades cuando la élite no se orienta al beneficio de toda la comunidad, surgiendo ciudades que hasta en su misma estructura urbana aparecen marcadas por la absoluta y bochornosa discriminación y por la injusticia. Sólo el compromiso colectivo por la instauración de una justicia social urbana puede permitir el que se aunen todos sus hombres e instituciones fraternalmente en un proyecto común.

La Evangelización supone que la Iglesia sepa descubrir los valores humanos profundos que tiene la ciudad como ciudad, en cuya profundización se encuentra ya el misterio de Cristo. Apuntemos algunos fundamentales:

* La interdependencia servicial interna para el bien de toda la comunidad. Nadie es autosuficiente en la ciudad: todos necesitan ser ayudados y a todos se pide su colaboración en alguna especialización. La ciudad manifiesta en su misma estructura que el hombre es esencialmente limitado y capaz de prestar servicios a los demás, servicios que los otros necesitan sencillamente para ser hombres y vivir la libertad.

* La importancia de la libertad. La interdependencia ciudadana se contrapone al respeto, a las opciones profundas y libres de cada uno. El hombre ciudadano, si por un servicio depende de los

demás, es simultáneamente el hombre al que se le ofrecen las diversas especializaciones, los servicios, las corrientes del pensamiento, de información, para que él mismo determine personalmente sus propias opciones. Por ese motivo, la ciudad habla el lenguaje de la libertad en el respeto.

* La ciudad marca el protagonismo histórico del hombre y su responsabilidad. Las ciudades son hechas por el hombre; la comunidad ciudadana es la responsable histórica de su propia ciudad. Ella crea una ecología humana o deshumanizada. Ella es la responsable del presente y del futuro de la ciudad.

* La ciudad descubre que una comunidad urbana sólo tiene sentido en cuanto que, saliendo de sí misma, se pone al servicio de otras comunidades exteriores. El funcionalismo de la ciudad marca su orientación de servicio a la zona que centraliza estableciendo relaciones fraternales entre las diversas comunidades que se integran de esa manera en una unidad fraternal superior a la estrictamente ciudadana.

* La Evangelización implica que la misma Iglesia se sienta como un sector en la ciudad (el Cuerpo de Cristo en la ciudad), mirando fraternalmente a otros sectores y funciones, ofreciendo diaconalmente su servicio evangelizador a los demás y el ejercicio de su misión profética de anunciar el Mensaje y denunciar los pecados de la comunidad con el único objeto del bien de la comunidad urbana total según el proyecto de Dios.

Supone que la Iglesia viva la comunidad ciudadana (koinonía) como miembro de dicha comunidad; que viva especialmente la comunidad con los más pobres, en quienes se encuentra más claramente la ruptura de la auténtica comunidad urbana.

La Evangelización en la ciudad es creadora de ambientes humanos y cristianos. No puede dejar de participar en la colaboración de un ambiente amplio, masivo, a través de los medios de comunicación social. Pero simultáneamente va creando pequeños ambientes donde los hombres evangelizados ya viven en su intimidad comunitaria el proyecto de la ciudad del futuro.

Evangelizar la ciudad es colaborar en la creación del diálogo ciudadano, interviniendo la misma Iglesia como un interlocutor más, pero ofreciendo su aportación libre y específica. Más aún, en muchos casos la Iglesia debe ofrecerse como espacio para que la misma comunidad urbana pueda establecer su diálogo.

Evangelizar la ciudad supone el anuncio explícito del nombre de Cristo Salvador a los hombres, ofreciendo comunidades en las que el creyente pueda fraternalmente manifestar su fe. Entre todos los símbolos de la ciudad la Iglesia ubica y proclama el símbolo de la cruz como signo del compromiso cristiano que es amor crucificado, **resurrección y vida.**

CAPITULO II

LA PARROQUIA EN LA CIUDAD

1. LA PARROQUIA LATINOAMERICANA

Sin pretender canonizar a los conquistadores españoles y sin negar todo el despojo que acompañó a su acción, hay que declarar sin ambages que las ciudades fundadas por los españoles no surgieron únicamente por los variados intereses de la metrópoli. Los españoles no estaban de paso en sus colonias: se asentaron, echaron raíces, fundaron ciudades y en ellas tuvieron hijos y estos hijos fueron muy frecuentemente mestizos; los que no, fueron "criollos" que sentían la tierra americana como propia. Este mestizaje racial y cultural no se encuentra en las colonias europeas de Asia y de África; por ello hay que diferenciar no solamente entre las ciudades occidentales y las del Tercer Mundo, sino también entre las del mundo colonizado por los españoles y el mundo colonizado por los otros países europeos.

Por esta razón las ciudades fundadas por los españoles en América gozaron desde muy temprano de los privilegios de la cultura. Es otro factor que debe tenerse en cuenta en el análisis del período colonial español y que repercute en las características de las ciudades latinoamericanas. Estas son verdaderos centros de estudio y no solo puertos de embarque de mercancías.

Durante cuatro siglos las ciudades latinoamericanas se fueron edificando a un ritmo y con unas dimensiones muy controlados. Tuvieron "identidad" y gozaron de funcionalidad. Fueron también proporcionadas en cuanto al número de sus habitantes. Estuvieron —claro está— imbuídas de la mentalidad colonial atemperada por el espíritu humanista que permitió el mestizaje. Las comunicaciones difíciles o prácticamente imposibles contribuyeron a hacer de cada ciudad un centro relativamente aislado y a reforzar un cierto carácter feudal que se conserva aún después de la Independencia. En general, las ciudades tuvieron la responsabilidad administrativa de una porción vasta de territorio rural y este carácter de cabeza de provincia facilitó las relaciones entre ciudad y campo. En este contexto cultural la parroquia se inserta naturalmente en las estructuras "urbanas" y cumple su función religiosa sin muchos contratiempos.

Pero los últimos cincuenta años de historia latinoamericana han transformado ese panorama provocando lo que Tonna llama "un salto cualitativo que también depende de descubrimientos tecnológicos... que ya no están relacionados con la agricultura y la organización social, sino con la capacidad de disfrutar nuevas fuentes de energía y de crear nuevos medios de producción. El fenómeno se acentúa inicialmente en Occidente donde el sistema capitalista, desarrollado por la burguesía, actúa como catalizador" (Un Vangelo per le Città, Ed. EMI. Bologne).

Grandes masas de población campesina empiezan a desplazarse hacia los centros urbanos, en un movimiento de signo contrario y de proporciones geométricamente superiores al que se había producido durante los siglos de la Colonia. Ahora el campo devuelve a las ciudades, multiplicada, la población que le había llegado a través de ellos durante cuatrocientos años. En cinco décadas se forman enormes ciudades, verdaderas áreas metropolitanas.

El motor de este gigantesco proceso es la industrialización. Vale la pena citar una vez más el estudio de Tonna.

"El aspecto más dramático de la nueva fase es precisamente el rapidísimo desplazamiento de las poblaciones del campo y su concentración en las ciudades, en donde se encuentran precisamente los nuevos medios de producción (las "fabricas"), aptos para explotar las nuevas fuentes de energía (los minerales carboníferos primero, el petróleo y la electricidad más tarde). Mientras en la ciudad antigua las concentraciones ocurrían a ritmo lento y el desplazamiento del campo a la ciudad era insignificante, e incluso alterno, ahora la ciudad explota bajo la presión de los movimientos de masa".

"Otro factor que acelera la expansión urbana es también el aumento demográfico excepcional, también ligado a los procesos científicos y técnicos en el campo de la medicina... Estos progresos permiten controlar especialmente la mortalidad infantil, dando como resultado la progresión geométrica en el aumento de la población..."

La respuesta pastoral no se hizo esperar. Los problemas que plantea este movimiento son tan graves que no pueden pasar desapercibidos, pues constituyen grandes retos para la Iglesia. En un primer momento, sin embargo, se interpreta el proceso de urbanización como un fenómeno cuantitativo; la solución lógicamente será pensada en los mismos términos: multiplicar en lo posible el número de parroquias. Pero esto no basta y los síntomas de la crisis comienzan a aflorar. Se hace necesario replantear desde sus bases mismas todo el problema: la ciudad moderna no es la ciudad de antaño mucho más grande; es otra cosa. Un sistema nuevo y diferente de relaciones ha surgido, una nueva mentalidad, una nueva cultura, una nueva actitud ante la vida y ante los hechos de la historia, un nuevo modo de producción, una nueva concepción de los valo-

res y por ende de la religión. La parroquia "rural" ya no es capaz de responder a los problemas del mundo urbano.

Parroquias abiertas

El hombre latinoamericano posee una tendencia innata para acoger a las personas, para compartir en caridad, para preocuparse por las angustias de los demás (Puebla 17). Si la colonización del continente ha pasado por situaciones muy dolorosas, que no pueden juzgarse con la óptica subjetiva actual, ha habido también desde entonces hasta ahora una acogida sincera al resto del mundo. También ahora América Latina sigue recibiendo aportes extranjeros, especialmente de religiosos, aunque a veces se hayan preocupado más por trasladar las problemáticas de sus tierras que identificarse con sus anfitriones.

No negamos que la Iglesia en nuestras latitudes haya debido cargar con elementos que son lastres de la situación colonial. Pero ¿Qué historia y qué cultura no carga con esos lastres? Con realismo y optimismo a la vez, porque nos impulsa el Espíritu Santo, pensamos que pese a los errores de los siglos anteriores, la Iglesia en América Latina está incorporada a la vida del pueblo cristiano y permanece en sus valores culturales.

Las parroquias pueden haber pasado por muchas vicisitudes históricas; sus responsables pueden no haber estado a la altura de su misión, sobre todo entre los indígenas, pero el puro Evangelio que fue predicado quedó prendido en el alma de nuestros hermanos y hermanas. Como en un nuevo Pentecostés, hoy se mira a nuestros continentes con esperanza y alegría a la vez. Las coyunturas políticas siempre han sido, y son y serán complicadas, mientras esperamos que llegue el Reino de Dios. Pero es innegable que la Iglesia acompañó la vida latinoamericana, defendiendo al hombre autó-

tono, ayudando al indio a no considerarse **vencido** y participando en la independencia de nuestros países.

La parroquia ha vivido esas realidades y ha conseguido mantener la fe en nuestro pueblo. Hoy, cambiadas las circunstancias, hace frente a nuevos problemas y desea establecer los nuevos criterios para la evangelización continental. La gran ciudad, por su parte, nos plantea urgentemente la institución de parroquias renovadas que sean centros de relaciones fraternales, reestructuradas para que ciertos servicios que deben quedar asegurados en un territorio, —como el de los enfermos, los pobres, los emigrados, los niños y jóvenes, las familias—, puedan ser asumidos con el ánimo que proviene de la Palabra de Dios.

La parroquia latinoamericana de nuestras grandes urbes es el lugar de la Eucaristía como **fuelle** de nuevos intentos evangelizadores, de nutrición del pueblo cristiano, pues la Eucaristía es momento de unidad de la Iglesia y de apertura a la universalidad. Es el lugar que conserva los venerados signos de la religiosidad del pueblo latinoamericano, en primer lugar de las santas imágenes de la Virgen María, cuya intercesión milagrosa ha jalonado toda nuestra historia y todos sus espacios; es también el principio de una coordinación de fuerzas para que, superados los mismos límites que se asignen, se anuncie el Evangelio "en el corazón de las masas" en actitud positiva y esperanzada.

En la ciudad, la parroquia deberá estar no sólo esperando a que las gentes vengan hacia ella, sino dispuesta a ir hacia los demás. La parroquia comprende la pesada carga episcopal en estas modernas megalópolis y va hacia el mismo Obispo, requiriendo su presencia y prestándose a aceptar, promover, coordinar y sostener todas las iniciativas eclesiales que contribuyan a la difusión del llamado a la conversión.

Donde haya hombres y mujeres agrupados por las diferentes causas que han impulsado la formación de estos conglomerados urbanos, allí estará la Iglesia con casas parroquiales, casas pastorales, centros de cura de almas o como quiera se llamen. Pero en todos ellos la parroquia intentará romper el círculo de soledad y aislamiento que rodea a nuestros conciudadanos. Con la fraternidad vivida, la caridad operante, el testimonio de alegría y el buen espíritu, la parroquia contribuye a integrar al hombre con sus prójimos y reconstruir así el tejido de la sociedad misma.

Cada parroquia urbana está llamada entonces a abrirse a la aplicación de nuevos impulsos con que el Espíritu Santo guía y anima a la Iglesia, creando modalidades nuevas de acercamiento, oración, servicio, testimonio y compromiso de justicia y paz. Los presbíteros, unidos al Obispo, tratarán de dedicar muchas energías a conocer la realidad y evaluar las tareas evangelizadoras, después de haber renovado el propio ministerio en la humilde oración y en el ejemplo amical de los santos.

2. TIPOLOGIA DE PARROQUIAS URBANAS

Todas las ciudades del mundo son diferentes. Hay en cada una de ellas un carácter especial, un ambiente propio, un modo peculiar de organizarse, que derivan de su historia y su cultura. También las ciudades latinoamericanas difieren unas de otras. Esto naturalmente se refleja en la estructura parroquial.

Es posible, sin embargo, encontrar muchos rasgos comunes, tanto en las ciudades como en las parroquias urbanas de América Latina, y por esto vale la pena intentar, así sea muy superficialmente, una tipología de las parroquias que se encuentran en las ciudades, especialmente en las grandes.

Toda ciudad tiene un "Centro" que corresponde al asentamiento primero, con frecuencia muy antiguo. En América Latina el centro de muchísimas ciudades se fundó en el siglo XVI o XVII. La vida de esos núcleos originales fue desarrollándose en la Colonia con un crecimiento lento y armonioso que paralelamente se tradujo en la fundación de algunas parroquias "urbanas". Todavía se puede visitar en las ciudades latinoamericanas las Iglesias que fueron (o siguen siendo) parroquia de los "Franciscanos", de los "Dominicos", de los "Jesuitas", o la parroquia de la "Catedral". Por lo general están ubicadas en una "zona histórica" dominada todavía por la arquitectura colonial o al menos por la del siglo XIX. Era todavía hace cuarenta años un sector residencial importante y, por lo tanto, las parroquias que allí funcionaban tenían mucha actividad pastoral. Con el fenómeno del crecimiento acelerado de las ciudades, el centro dejó rápidamente de ser residencial y se transformó en sector de oficinas administrativas, de bancos y servicios (restaurantes, cines, hoteles, etc.). De esta manera las parroquias del centro, que son las más "venerables" de toda la ciudad, se vieron en una situación contradictoria y hasta crítica.

Pero aquí es necesario hacer una diferenciación. Ocurre que el desplazamiento de las gentes que hace medio siglo residen en el centro se hizo en varias etapas. Por lo mismo, no es raro encontrar en las ciudades latinoamericanas un sector céntrico deshabitado pero que ha encontrado una nueva identidad en los servicios que presta, e incluso ha sido "remodelado" cuidadosamente por su valor histórico y su interés turístico. Alrededor de este centro se encuentran algunas zonas aldeañas, que son también construcciones antiguas (o por lo menos viejas), que se han deteriorado progresivamente convirtiéndose en barrios de prostitución, en comercios "populares", en calles semi-abandonadas, en casas de inquilinato (o conventillos).

Con esta distinción aparecen ya claramente dos tipos de pa-

roquia diferentes, con problemas pastorales distintos y que merecen un tratamiento adecuado, el cual no siempre se estudia porque estas parroquias del centro frecuentemente se reservan para sacerdotes de cierta edad o enfermos.

Pero las ciudades latinoamericanas no son sólo el centro tradicional, sino (y principalmente) los desarrollos urbanísticos que se han sucedido en el último medio siglo. En las nuevas áreas la Iglesia ha ido multiplicando el número de parroquias. Estas van diferenciándose en función de los estratos socio-económicos que sirven. Hay las parroquias de sectores acomodados que se encuentran en barrios exclusivos. Están las que se ubican en barrios de clase media, que es una gama de situaciones socio-económicas. Existen las parroquias de suburbio, de barrios modestos en los que viven los obreros y demás ciudadanos de escasos ingresos; son parroquias más bien "periféricas", cualquiera que sea el sentido que se dé a esta terminología. Y hay parroquias en los sectores más populares, en barrios de "invasión" o clandestinos, que (al menos inicialmente) carecen de servicios y en los que se vive en tugurios.

Otros criterios podrían ayudarnos a completar esta tipología de las parroquias latinoamericanas. Por ejemplo, el número de los habitantes que se calcula en cada territorio parroquial. Hay parroquias de cinco mil habitantes y las hay de ciento sesenta mil, (ejemplo la parroquia de Bosa en la Arquidiócesis de Bogotá). O el grado de aculturación urbana que hayan alcanzado los miembros de cada comunidad: hay parroquias de migrantes que conservan todavía su mentalidad y sus comportamientos campesinos; otras que sólo cuentan con gente nacida en la ciudad y educada en ella.

La parroquia de la ciudad latinoamericana es, pues, muy variada. No existe propiamente la parroquia urbana. Existen muchos tipos de parroquia y diferenciarlos ayuda a revitalizar una

estructura que en la cultura agraria funcionaba bien lo mismo en el campo que en la ciudad de corte colonial.

3. DESAFIOS Y TENSIONES

Los responsables de la pastoral en la Iglesia comienzan a comprender todos los desafíos de la moderna sociedad industrial y de los nuevos problemas humanos; se están adaptando a otras formas de pensamiento y de cultura. Los laicos vuelven a la parroquia buscando alimento, espiritualidad y renovación de sus anhelos apostólicos. Los Obispos por todas partes sostienen las parroquias y tratan de insuflarles nueva vida.

Consideramos que en la Iglesia Católica, la parroquia funciona como un "ideal", jamás alcanzado a la perfección por sus concreciones posibles. En efecto, han sido miles las realidades parroquiales en tantos siglos; jamás han podido vaciar el ideal de parroquia. Querer juzgar la parroquia desde el punto de vista de su concreción rural, por ejemplo, conduce a graves consecuencias.

Decir que la parroquia tiene esencialmente estructura campesina es negar el influjo cultural que la parroquia recibe, si vive, del medio en que actúa. La parroquia vive en la gran ciudad moderna, y ésta —aunque lo haya querido— no ha podido sumergirla o ahogarla. El moderno fenómeno urbano ha contribuido al cambio de actitud de la parroquia. Hay una interacción de la cultura y la vida de la fe.

La parroquia es una realidad de la Iglesia, no la única ni la primera, que vive como la Iglesia las **tensiones** inevitables de cualquier ser viviente. La historia de lo que se ha llamado el "movimiento parroquial" europeo en los primeros sesenta años de este siglo,

si bien puede tener paralelos en América Latina, ha seguido una trayectoria propia y diferente. Los latinoamericanos hemos tenido el correctivo constante de la religiosidad popular. Esa historia, muestra a las claras las distintas acentuaciones de una u otra de las tensiones nacidas en la vida eclesial y que se manifiesta ante todo en la vida parroquial y en sus animadores. Sea cual fuere su situación geográfica, la parroquia estará siempre navegando entre las tensiones de lo litúrgico y lo misionero; de lo catequístico y lo social; de la pasividad de niños y ancianos y el activismo de jóvenes y grupos matrimoniales; de sus agrupamientos edilicios y del contexto sociológico que los circunda; de su apertura a lo diocesano y de su encerramiento en sí misma; de la predicación de la masa del pueblo y de la evangelización más personalizante.

El documento de Puebla no reduce la Iglesia a parroquia. La ubica más bien en el ámbito de las **funciones** que ejerce la Iglesia. Entre las muchas concreciones que la Iglesia puede darse, reconoce a la parroquia una cierta capacidad de realizar íntegramente las funciones de la Iglesia (n. 644). Si la parroquia llega a ser una mera abstracción burocrática, eso no se debe a las potencialidades que lleva en sí, sino a las carencias de sus cabezas o al desentendimiento e ignorancia de sus miembros.

La territorialidad

La territorialidad parroquial parece ser el elemento más vulnerado por la gran ciudad. La diócesis está dividida desde hace siglos en "partes". La parroquia ha sido una "porción de la diócesis", una parte. Ha sido y es un elemento práctico de la presencia episcopal. Por eso hay que hablar más bien de la **estabilidad** del lugar parroquial. Imparta mucho recalcar que sólo en un lugar se pueden echar raíces. La Iglesia vive de un conjunto múltiple de actividades, instituciones, grupos, movimientos e iniciativas. Pero, aún en las

catacumbas, la Iglesia necesita disponer de un lugar más o menos estable para existir. Por eso esta comunidad de que hablamos se llama "parroquia", que significa "casa junto a las casas". Sólo en la casa se puede echar raíces. Es el espacio que nos hace humanos. La parroquia es también el lugar, la "casa" que permite realizar el encuentro humano de los que profesan la misma fe, buscan al mismo Dios, enseñan el mismo mensaje de Jesús, son impulsados solidariamente por el Espíritu Santo al servicio de los hermanos. La parroquia es la casa de la experiencia de Dios y de la experiencia de la Iglesia.

Lugar de la experiencia cristiana, la parroquia lo hace mediante el acompañamiento en el itinerario de la fe de sus miembros, la animación de toda clase de grupos, comunidades, movimientos, instituciones; la apertura a la comunión y participación a todo nivel; la presencia de la universalidad de la Iglesia en la celebración de los Sacramentos; la promoción de la dignidad de la persona humana y la defensa de sus derechos; el acercamiento a los incrédulos y alejados; los servicios prestados con la cordialidad personal de que carece la anónima sociedad actual. Lugar de experiencia y raíces cristianas, la parroquia vive por el clima eucarístico, evangelizador, apostólico, humano que se le sepa insuflar.

Los feligreses

Hay que salir al encuentro de un equívoco. Al párroco se le responsabilizaba de un "pueblo determinado". Ahora bien, algunos afirman que como la "vida" está en los que trabajan en "el centro", en los que deciden en los edificios públicos, en los bancos que son los modernos templos de la ciudad, la parroquia ha perdido ya su "pueblo". Con rapidez se moteja a los niños, las madres, los estudiantes y los ancianos, los enfermos, los maestros y los pequeños comerciantes de los barrios como los "marginados" de la vida. Según este esquema de pensamiento, que ciertamente hay que criticar a

partir de la experiencia, las parroquias de la ciudad serían el refugio de todos los "inactivos", de los que tienen "tiempo que perder", pues el resto "trabaja". ¿Cómo se puede explicar que haya parroquias de la gran ciudad que prácticamente todas las noches son un pulular de hombres y mujeres, jóvenes o adultos que buscan los modos de "liberarse" de la opresión de la ciudad? Pero no buscan un pequeño grupo que podría erosionarse con el tiempo y la rutina, sino un ámbito lo suficientemente amplio y variado que permita pertenecer a él al mismo tiempo que se cumple con las otras preocupaciones ciudadanas. Además, hay que negar firmemente que se divida a la gente entre los que trabajan y los que no lo hacen. El trabajo productivo no es la única categoría capaz de dar cuenta de la existencia humana y de elaborar los sistemas de valores, al menos culturales y religiosos. También los que sufren postrados, los que están en la tercera edad o los niños y adolescentes son personas vivientes capaces de amar y decir algo válido al mundo. La parroquia realiza para ellos una obra espiritual, pero real. La parroquia no queda al margen de las decisiones que hacen historia, porque ella vive del amor y para el amor con el cual se construye la verdadera historia.

La pertenencia

Otro de los desajustes de las parroquias de las grandes ciudades está dado por el tema de la "pertenencia" a determinada jurisdicción parroquial. Cuando se trata de matrimonios, se buscan los "límites" parroquiales y, a veces también en otras situaciones. Sin embargo, en la ciudad surge otra pertenencia parroquial que es por voluntaria elección y no ya por adscripción.

a) Pertenencia afectiva

A menudo los cristianos de ciudad se preguntan: ¿de qué parroquia es usted? o bien ¿a dónde va a Misa? Las respuestas son lla-

mativas: hay personas que "pertenecen" afectivamente a parroquias muy alejadas, en ellas desempeñan oficios o ministerios, conocen su contexto y aman sus alrededores. Se trata de una pertenencia afectiva, no jurídica. Lentamente esta pertenencia afectiva nos hace caer en la cuenta que la familia de Dios, mientras peregrina en la tierra, no tiene límites en el espacio; si se colocan es por motivos de orden práctico y humano.

Esta pertenencia depende de algo que puede ser transitorio, como son los sentimientos. Sin embargo, hay una serie de sentimientos que pertenecen al apego de las personas por los recuerdos importantes de su vida. Este apego, como lo prueban los estudios de atavismo, es muy fuerte. Muchos cristianos mantienen un apego sentimental a determinadas parroquias en las cuales fueron bautizados, hicieron la Primera Comuni3n, asistieron a su colegio, contrajeron matrimonio o más simplemente en las que durante mucho tiempo han participado de la Misa dominical.

b) Centro de relaciones

Otro criterio de pertenencia es concebir la parroquia como el centro distribuidor de relaciones evangelizadoras en el cual puede hacerse presente el Obispo diocesano en medio de la Iglesia visible, pueblo de Dios, pues sería humanamente imposible que en una gran ciudad el Obispo pudiese hacerse presente en todas las demás comunidades secundarias que forman el organismo diocesano. La presencia del Obispo, con todo, no es algo accesorio sino esencial a la vida de la Iglesia; debe quedar asegurada al menos en la comunidad primaria. Los sacerdotes que ejercen su ministerio en la Parroquia, comenzando por el párroco, están vinculados por un lazo sacramental con el sucesor de los Apóstoles en su diócesis. La parroquia no vive su vida como si pudiera autoabastecerse en todo, como si fuese la totalidad de la Iglesia: respira y se fortalece por un principio de

“intercambio” ineludible a partir de los principios mismos de la fe. Una nueva visión parroquial puede comenzar con un mayor itinerario del Obispo por estas comunidades abiertas de la ciudad contemporánea. Habría que restaurar aquel antiguo sistema papal de las “estaciones”, es decir, la visita del Papa con sus colaboradores inmediatos a una determinada comunidad para convivir con ella, a partir de los ministerios sacramentales.

La referencia

Un tercer criterio de pertenencia parroquial consistiría en la “referencia” del pueblo hacia el lugar donde celebran la Eucaristía dominical y en el cual ejercen sus funciones presidenciales, litúrgicas y catequéticas determinados sacerdotes. Esta referencia, además de provenir muchas veces del afecto como en el primer criterio, estaría dada por la posibilidad de reanimarse espiritualmente mediante el sacramento de la Reconciliación, por el valor de su predicación, por el entusiasmo de su juventud, por la constancia de su ayuda fraterna. Esta referencia también la debe ejercer cada parroquia con respecto a las demás parroquias de su diócesis, de modo que a todo nivel se establezca un conjunto de relaciones vivas que den vida al organismo de la Iglesia. Eso permite el surgimiento de una concepción más “orgánica” de la conducción episcopal.

En efecto, así como el Obispo no forma parte de una federación de Obispos, sino de un Colegio Episcopal, en el cual todos están unidos por un vínculo indestructible de fe y sacramento, del mismo modo también los presbíteros están unidos entre sí y con el Obispo diocesano en aquello que el Concilio Vaticano II trajo a la memoria viviente de la Iglesia: la colegialidad. La diócesis vive a través de esta colegialidad. Las parroquias no son islas o ‘estaciones de servicio’ espiritual: ellas están unidas a todos los organismos vivos de la diócesis por el vínculo de esta colegialidad de sus pastores. La

referencia a la parroquia o de ésta a las otras, con el Obispo o con la Iglesia universal, es el principio del nuevo criterio fraternal que debe prevalecer sobre toda fórmula meramente burocrática.

Faltaría algo si no mencionáramos la pertenencia a un “templo particular”. Esa iglesia parroquial, también en su edificio y quizás sobre todo en él, es el único patrimonio que sienten como propio los miembros de la comunidad de referencia. Exigiría nuevas reflexiones, pero baste por ahora mencionar el valor que tiene, especialmente para nuestros pobres, “su” iglesia parroquial, sea ésta de mármol, ladrillo o chapas.

En este sentido, Juan Pablo II afirma que ‘la parroquia es un punto de referencia para el pueblo cristiano y también para los no practicantes’ (Cat. trad. n. 67).

4. PARROQUIA Y DIOCESIS

Debemos tratar de encontrar **dentro de la diócesis** cuáles son las reglas de juego que vinculan a las parroquias entre sí, con la Iglesia diocesana, con la Iglesia universal, así como también con las comunidades menores o distintas. Estas reglas de juego provienen de una concepción que no aísla a las parroquias como unidades autárquicas de la administración eclesiástica, sino que las vincule según las funciones de la Iglesia y también según el análisis de las mismas experiencias parroquiales.

Comencemos por reconocer que no bastan las reglas del juego para emprender el camino evangelizador. Esa es la razón por la que tantos planes “pastorales” han fracasado. Se necesitan **personas** que sepan conducir al Pueblo de Dios, respetando aquellas nuevas reglas, pero con la capacidad de comprender las necesidades culturales de la actualidad, la necesidad de espontaneidad y libertad

que siente el cristiano en el mundo de hoy. Habrá que inventar los caminos nuevos que permitan desarrollar el ministerio eclesial. El objetivo seguirá siendo ahora, como antes y siempre, lograr transmitir el Evangelio de la salvación de manera que se logre una auténtica comunicación cultural. Por esto se hace necesaria, como diremos más adelante, una formación permanente de los párrocos y demás servidores de la comunidad parroquial.

La vida en la gran ciudad

Repitamos que la gran ciudad ha traído nuevas modalidades de comportamiento y de vida. Lo experimentamos a todo nivel. Sabemos que hay un cambio muy grande de relaciones. Necesitamos los “servicios” para poder mantener el tipo de existencia ciudadana. Dependemos no sólo de los parientes y amigos, sino de muchos más que se vuelven para nosotros indispensables, comenzando por el vendedor de periódico, el conductor de los medios de transporte y siguiendo por tantos otros. Desempeñamos nuevos papeles en la sociedad urbana. Ya no somos requeridos únicamente por la familia y el trabajo. Se han multiplicado las comunidades intermedias que solicitan nuestra participación o cooperación. Hay que vivir en medio de una cultura con nuevo espíritu crítico, para no dejarnos atrapar por la propaganda, el consumismo y otras ideologías. La escala de valores evangélicos hay que vivirla no de manera “reaccionaria”, sino simplemente integrados a otros muchos hombres y mujeres que piensan de otro modo o viven diferentemente. Más aún vivirla con la alegría de saber que esos valores evangélicos tocan zonas vitales para toda la humanidad y a nosotros nos corresponde, sencilla pero firmemente, defender al hombre y comprometernos por su dignidad. Nuestra imaginación pastoral se verá impulsada más que antes en buscar nuevos caminos para que el Evangelio sea predicado y se alcance la conversión, recordando que ahora ya no vivimos en un tipo de sociedad en la cual se daba un **control minu-**

cioso de todos los comportamientos morales.

La cultura actual nos presenta un mundo de ‘especialistas’ cada vez más grande. Nuestros fieles, sea cual fuere su estratificación, pueden ser técnicos en computación, en administración, en construcción y en tantas otras especialidades. En algunas ciudades, el oficio de plomero, por poner un ejemplo, es mucho más rentable que el de médico, por esa nueva necesidad de no saber vivir sin los aparatos que nos brindan las comodidades de la ciudad.

Hay también el anonimato y la movilidad que ya hemos mencionado. Nos interesa señalar, con todo, que esta movilidad cambia nuestras prácticas pastorales. El Obispo debe tener en cuenta ahora que hay parroquias enclavadas en los lugares de la administración pública o la concentración de negocios, empresas y lugares de servicio, cuyas tareas son para la ‘semana laboral’. Las inmensas ciudades reciben durante los días de semana multitudes increíbles que vienen a ‘trabajar’, pero que también desean un ‘servicio pastoral’ de la Iglesia. Hay otras parroquias colocadas en zonas habitacionales o barrios comerciales periféricos cuya tarea se realiza durante los ‘fines de semana’. Aunque existen también las migraciones internas de ‘fin de semana’ o cuando el fin de semana se amplía con un feriado anterior o posterior. Entonces son las otras diócesis las que reciben una enorme masa de visitantes que vienen a ‘descansar’, aunque para ello deban viajar en largas filas automovilísticas durante horas. La pastoral del turismo de todo tipo —fenómeno claro de la nueva cultura— está en sus comienzos y toca profundamente las costumbres pastorales de las diócesis, y en ellas de ciertas parroquias claves.

Estas tres características —especialización, anonimato y movilidad— han dado origen a un nuevo conjunto de valores, que definen al mundo en que vivimos. Ante todo, a un nuevo sistema de

pensamiento, marcado por el trabajo en equipo. El mundo clásico está jalonado por figuras extraordinarias que han hecho descubrimientos e inventos notables por sí solas. Hoy en día el hombre ha llegado a la luna como fruto del trabajo de muchos que han delimitado los problemas y los han hecho estudiar y resolver por partes.

Es evidente que el hombre de la gran ciudad debe adaptarse constantemente a estos cambios culturales que transforman su comportamiento. Esa necesidad de adaptación es una fuente generadora de conflictos, en la medida que cuesta integrarse a una sociedad en movimiento. La parroquia va a desempeñar aquí una especie de moderación de los conflictos. No hay que perder esto de vista. La diócesis, uniendo a todos los presbíteros de parroquias con otros sacerdotes, religiosos y laicos, deberá poner las bases para un uso inteligente de los medios de comunicación social que facilite la integración.

La acción evangelizadora

Lo que venimos diciendo nos hace comprender con facilidad que la acción pastoral en una gran ciudad va a asumir, en concreto, modalidades diferentes a las que estábamos acostumbrados. La acción pastoral diocesana consiste, en efecto, en la integración de los hombres de la ciudad en comunidades cristianas serviciales, acogedoras, fraternales que permitan la vida de la fe y sus implicaciones. La parroquia resalta en la gran ciudad porque tiene la tarea de formar el espíritu de la iglesia de Cristo, comenzando por la catequesis, celebrando la liturgia sacramental, dando el ejemplo del testimonio de esperanza, comprometiéndose en los esfuerzos de la caridad. Pero, además, la parroquia evangeliza ayudando a los hombres y las mujeres de la ciudad a establecer una jerarquía de valores según la cual hay que vivir; más aún tratando de rescatar los valores de la cultura que vivimos según las pautas del Evangelio.

Todo esto configura una nueva pastoral de acción misionera para conducir a vivir en un sistema de valores cristianos aún en medio de un mundo pluralista. Los que practican religiosamente ya no lo hacen siempre en su 'propia' parroquia, lo que exige necesariamente una coordinación a nivel de la diócesis entera. Surgen también especializaciones entre los laicos; los párrocos se asombran de verse privados de sus elementos más calificados, que van a integrarse a otros movimientos, instituciones y grupos especializados. Lentamente, porque las estructuras de la Iglesia son lentas como se ha dicho, los sacerdotes y los Obispos deben preocuparse por lo urbano en su totalidad.

Sin plantearse un problema teórico, las parroquias van dejando de valer localmente. La 'residencia' del Obispo o del párroco ya no interesa tanto. Hoy importa más lo 'itinerante'. No es nuevo en la Iglesia, como lo prueba la antigua institución de los 'co-repiscopos'. El Papa actual lo ha demostrado con sus largos y frecuentes viajes por toda la extensión del orbe. La preocupación por la totalidad no queda en un local o en una sede: sale al encuentro del mundo y lo halla en sus lugares, manteniendo ese mínimo de estabilidad requerida que antes mencionamos. El clero debe preocuparse por toda la diócesis urbana, porque las parroquias, junto a las demás posibilidades pastorales, son un medio privilegiado de integración social y cultural; además porque en ellas nuestros contemporáneos encuentran un lugar que les concede un papel comunitario distinto del que deben hacer en sus horas de trabajo especializado o de servicios 'terciarios' (según la terminología sociológica).

Pastoral orgánica

Ya se divisa el papel de la parroquia como cuerpo integrado a un cuerpo mayor que es la urbe toda. Lo que desgasta y agota a los sacerdotes parroquiales, hombres públicos que en la concepción co-

mún deberían estar siempre 'a disposición' para todo, puede ser solucionado. Y no es una utopía. Deben acabar el aislamiento y los hombres-orquesta; el sentido de fraternidad debe encontrar aquellos elementos en los que pueda florecer. Un ejemplo, entre muchos, podría ser la creación de registros diocesanos por computación en las sedes episcopales, de modo que los datos que ahora figuran en archivos parroquiales muy trabajosos para ser mantenidos correctamente puedan encontrarse con suma facilidad en aparatos que representan un ahorro para todos, creyentes y pastores.

En esta visión de las cosas, los presbíteros que trabajan en las parroquias deberían ser incluídos en las tareas de nivel de conjunto. Entonces la función que desempeñan en favor de todos repercutirá en la visión de la propia comunidad local. Así también muchos más laicos serán incorporados al trabajo evangelizador de la Iglesia, con todo su potencial.

Ya se va perfilando la nueva acción parroquial en la diócesis. Quitado su control sobre los feligreses, aunque involucrada en los acontecimientos más decisivos de los habitantes de su territorio que no tienen interés por pertenecer a otra comunidad, la parroquia queda implicada en una pastoral, si se quiere más 'pasajera', pero no menos eficaz para la conversión del mundo. En esta pastoral señalamos como primordiales las tareas de acogida de quienes se acercan, creyentes o no creyentes; de una liturgia capaz de ser integradora de todos los participantes; de un laicado que va asumiendo ministerios ordinarios o extraordinarios en la Iglesia.

5. PARROQUIA Y ESTRUCTURAS INTERMEDIAS

En los últimos quince años se ha ido abriendo camino la idea de reestructurar la Iglesia de acuerdo con la teología de la Comunión, puesta de relieve por el Concilio Vaticano II. Los Obispos latinoamericanos se han esforzado por hacer realidad también en nues-

tro continente toda la riqueza eclesiológica que brota de aquella concepción orgánica y por ello han redescubierto estructuras antiguas o han creado nuevas, que encarnen la necesaria vinculación o comunicación y participación de una Iglesia que es cada vez más consciente de ser Cuerpo de Cristo.

Particularmente las diócesis urbanas han sido subdivididas en Vicarías Episcopales; estas en Decanatos (o Arciprestazgos), formando así estructuras intermedias entre la parroquia y la diócesis, y promoviendo además la creación de grupos o equipos de sacerdotes a distintos niveles. Es verdad que la sola formulación jurídica de estas reformas, ni siquiera su puesta en marcha, son suficientes para dar a la Iglesia la imagen y el dinamismo que hoy exige la ciudad; pero se percibe ya en algunas diócesis urbanas un espíritu más favorable para la colaboración y la comunicación. Poco a poco, en la medida en que una más profunda formación lo permita, se irá haciendo realidad el ideal propuesto por el Concilio, a lo cual contribuye en gran manera un estilo menos centralista de la acción episcopal.

Las estructuras intermedias "relativizan" la parroquia y le quitan aquella pretendida autarquía que la hacía aparecer como una mini-diócesis, pretensión explicable en los medios rurales en los que las comunicaciones eran muy difíciles. Ni teológicamente es aceptable ni pastoralmente es conveniente que la parroquia tenga autosuficiencia; pero en la ciudad tales pretensiones son además un anacronismo y una calamidad pastoral. La parroquia urbana necesita para poder subsistir insertarse vitalmente en una red de estructuras que cubran niveles urbanos mucho más amplios que el puramente parroquial.

El aislamiento de la parroquia rural estaba dictado por su geografía; la geografía urbana rompe los límites del barrio y de la parro-

quia. La respuesta a las necesidades de la pastoral urbana exige instituciones capaces de enfrentar los problemas de manera más global (en el sentido geográfico y en el funcional) y que no atomicen los recursos y los esfuerzos.

Precisamente para que la parroquia urbana pueda seguir teniendo vigencia, debe convertirse en un "lugar de encuentro" no sólo de personas sino también de estructuras. La parroquia urbana no es una monada sino una célula del gran organismo diocesano.

Parroquia y grupos funcionales

En la ciudad se multiplican los grupos de personas que se juntan por intereses, gustos o aficiones comunes, sin que para ello juegue papel la vecindad. Esta es la base sociológica de los diversos grupos cristianos "especializados", sean de apostolado, de oración, de formación o de reflexión. Son expresiones muy dinámicas de la vida de la Iglesia y, sin embargo, casi siempre operan sin contar con la parroquia.

Con todo, tampoco son una "competencia" para la parroquia. Se equivocan aquellos que han soñado con una Iglesia "no territorial", solamente encarnada en grupos funcionales y liberada de la territorialidad. Es cierto que la legislación contempla, a más de la parroquia territorial, las parroquias personales, pero sería utópico intentar reducirlo todo en la diócesis a comunidades no territoriales.

Teológicamente es necesario que la comunidad manifieste la pluralidad de edades, profesiones, aficiones, intereses; es parte de la catolicidad. La exagerada especialización pone en peligro esta nota esencial de la Iglesia.

Pero el extremo opuesto también es nocivo. Si la parroquia no asume su carácter urbano y se refugia en una actitud aldeana, en la que sólo es aceptable lo que se controle desde su propio seno, cae en un error y se perjudica así misma.

La parroquia necesita de todos los grupos especializados, aunque sus miembros no se reúnan dentro de su "jurisdicción" ni le presten servicios inmediatos a la comunidad.

Hay párrocos que consideran muy buenos aquellos movimientos que "ayudan" en la parroquia y muy malos los que no dan una colaboración directa en las tareas parroquiales. Esta mentalidad agraria tiene que cambiar. Una visión más urbana de las cosas facilitará la comunicación con aquellas instituciones supra-parroquiales que dirigen o encaminan los movimientos y grupos especializados.

Es aquí donde se ve más clara la necesidad de esas estructuras intermedias que ayudan a la corresponsabilidad de todo el presbiterio de una diócesis. En esta perspectiva se aprecia también mejor cómo el sacerdote de una ciudad necesita una mentalidad "cosmopolita" a la que no le sea ajena ninguna de las realidades de la "polis" que se escapa a los límites estrechos de la parroquia.

6. EL PARROCO

El Obispo ejerce la sucesión apostólica en la diócesis. El párroco es el pastor adecuado, subordinado y propio que se asigna a una determinada porción de la diócesis. Pero en la mentalidad independiente de la gran ciudad, muchos cristianos han pensado que podían elegir el párroco que más les gustase. Así festivamente alguien pudo decir que si antes los párrocos hablaban de 'sus feligreses', ahora el laico puede hablar de 'sus curas'. A pesar de los muchos intentos, sobre todo en los jóvenes, de 'pertenecer' a

varias parroquias o grupos, se siente la atracción de una única pertenencia, en la medida en que ésta ofrezca el clima adecuado para volver a 'encontrarse a sí mismo' y echar raíces. En ello, mucho tiene que ver el Párroco.

Si visualizamos la parroquia como la menor institución administrativa de la Iglesia, a través de los deberes que canónicamente le incumben, tenemos que aceptar que en ella han quedado sedimentos de los momentos culturales que tuvo que atravesar a lo largo del tiempo. No han faltado quienes a toda costa quieren comprobar en ella los elementos negativos que le dejó el Imperio romano con su concepto estático de paz interna; el feudalismo con la acentuación de la territorialidad y el diezmo; el burgo, centro de intercambio, que le legó la visión de beneficio; o la moderna sociedad industrial que le ha inyectado sus planeamientos tecnocráticos y de administración de empresas. Pero parece bastante simplista pensar que la parroquia ha heredado sólo cosas malas de su pasado. También, pese a sus lastres, la parroquia ha cumplido su tarea cultural, catequística, caritativa, testimonial. Ella ha desempeñado el papel de signo recordatorio de la presencia de la Iglesia en medio de un mundo. Aún lo sigue haciendo. Las torres de nuestros templos o simplemente sus cruces modernas en las fachadas, recuerdan al hombre de la ciudad una dimensión trascendente que las ideologías materialistas constantemente le quitan. Incluso para los no creyentes, los templos son signos de una visión distinta del hombre, de otra esfera de valores a los que ciertas cosmovisiones ligadas a la empresa, la banca, la industria y la política tienden a vincularlo.

Uno de los lastres históricos consiste en atribuir a los párrocos la capacidad para hacer frente a todos los problemas que plantea la evangelización. Esa pretensión ha conducido, quizás sin pretenderlo, a un aislamiento del párroco respecto a la vida diocesana. Al sacerdote de parroquia se le atribuyen todos los roles posibles que pue-

dan surgir en la vida parroquial. Pero como la tarea pastoral debe ejercerse hoy en la ciudad inmensa, resulta a todas luces imposible que un hombre, aún ayudado, pueda desempeñar tantos papeles a la vez. Lo que sucedió con la Liturgia, luego del Concilio Vaticano II, debería comenzarse a realizar en la vida parroquial. La Liturgia anterior al Concilio, había 'fijado' todos los elementos en la persona del sacerdote celebrante (lecturas, salmos, cantos, evangelio, etc.). Para hacerla viva y para que manifieste la Iglesia en todos sus ministerios, la Liturgia se ha diversificado. Lo mismo se quiere de la parroquia actual, a no ser que se la siga considerando como una 'diócesis en pequeño'.

El párroco de la gran ciudad, solicitado por tantas y tan variadas tareas, llamado a participar de numerosas reuniones, queda aislado de su Obispo, al cual "visita" alguna que otra vez para dar cuenta de su actividad pastoral o para consultar algún problema delicado. El Obispo, por su parte, queda separado de su pueblo, atrapado por un sin número de tareas legítimas en sí, pero que crecen enormemente por la nueva modalidad en que se van poniendo en práctica los principios del Concilio Vaticano II sobre la colegialidad episcopal.

Todo esto nos lleva a recordar aquí **dos principios** fundamentales que nos parecen dignos de ser considerados: la nueva función del Obispo, por un lado y la restauración del "presbiterio", por otro.

El Obispo no puede permanecer desligado del resto del Episcopado: el misterio de la comunión colegial del cuerpo de Obispos se lo impide. Es una comunión de orden sacramental, no jurídica. Por esta razón, actualmente el Obispo es solicitado por numerosas consultas de sus colegas, reuniones de todo tipo, estudios especializados. Al mismo tiempo hay que afirmar que el

Obispo es el centro de la red pastoral que lo vincula a todos los presbíteros y a todo su pueblo diocesano; debe, pues, estar en contacto con todas las realidades de su Diócesis. Pero ello no podría ser posible sin el segundo principio.

En efecto, los presbíteros si bien ya no están tan categorizados en función de su título de 'párroco', pertenecen a un cuerpo colegiado, en el cual ellos no pueden nada si no están unidos entre sí y con el Obispo. La realidad de la colegialidad presbiteral permite imaginar soluciones muy interesantes para los desafíos que plantea la moderna ciudad con todas sus franjas humanas. De este modo, si la unidad eclesial es ahora la diócesis, aún cuando sea inmensa, no presenta mayores dificultades a quienes se consideran como **co-responsables** de la pastoral urbana bajo la autoridad del Obispo. Cada párroco, cada presbítero, a través de formas establecidas o por establecer, deberá poder sentir las necesidades pastorales de la toda la diócesis como suyas propias. Nos referimos, sobre todo, a un 'afecto' colegial que permite cargar con alegría la tarea apostólica que se presenta en la aparentemente inabismable ciudad contemporánea.

Superados los sistemas del pasado y las figuras culturales antiguas acerca de los ministros, los párrocos están en mejores condiciones de funcionar como animadores, líderes y guías de sus comunidades. Todos junto al Obispo, ejerciendo en la medida de sus capacidades y compromisos las funciones que pertenecen a la Iglesia; **todos** por medio del testimonio, la caridad, la oración, la celebración de los misterios y la participación en las angustias y proyectos de los demás, podrán dar un nuevo impulso de evangelización y formación cristiana a nuestro continente.

7. FORMACION PERMANENTE

Dado el viraje pastoral que se ha producido con el Concilio

Vaticano II en toda la Iglesia y particularmente en América Latina con las Conferencias de Medellín y Puebla, se hace necesaria una adaptación de los sacerdotes y demás agentes a las nuevas circunstancias del mundo y a la nueva actitud de la Iglesia en él. Por otra parte, la misma formación recibida en los seminarios correspondía a una concepción eclesiológica y antropológica diferentes, lo cual tiene como efecto el que los sacerdotes en general se encuentren en serias dificultades ante las exigencias y tensiones de la pastoral en las ciudades que se han desarrollado vertiginosamente en los últimos treinta años. Entre estas exigencias y tensiones podemos señalar algunas:

a) Hay sacerdotes que siguen realizando su quehacer pastoral como si todavía subsistiera la situación de cristiandad, sin tomar en cuenta el pluralismo característico de la ciudad. Es necesario ayudarles a cambiar de mentalidad para que salgan de los marcos parroquiales y se abran a una actitud misionera y al diálogo con el hombre urbano, que ya no se encuentra enmarcado en los estrechos límites geográficos y mentales de parroquia (Puebla 712).

b) Esta mentalidad pluralista de los habitantes de la ciudad se complementa con una fuerte exigencia de participación y de integración comunitaria. Por ello, los sacerdotes deben prepararse mental y efectivamente para aceptar, e incluso promover, comunidades más homogéneas, en las que el párroco esté al servicio del pueblo de Dios con unos comportamientos menos autoritarios y más de animación y coordinación. El cambio necesario en los sacerdotes debe llevar a reestructurar parroquias que integren y coordinen el trabajo pastoral realizado en las diferentes comunidades, grupos y movimientos por medio de consejos, acciones en conjunto, liturgias comunes, respetando la especificidad propia de cada grupo y su capacidad de gestión.

c) La formación permanente de los sacerdotes ha de capacitarlos para animar parroquias que ejerzan una pastoral liberadora, integral presentes en el mundo, con preocupación de servicio a todos los hombres, en especial a los más necesitados; una pastoral que trate de ir al encuentro del hombre integral.

d) Debido a que en la ciudad la territorialidad exige ser complementada por la funcionalidad que supera los límites de barrio y de parroquia, el sacerdote necesita ser formado para ejercer un tipo de pastoral orgánica y planificada que se sirve concretamente de estructuras intermedias (como la Vicaría o el Decanato) indispensables para afrontar problemas de un nivel zonal e incluso diocesano.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, y a título de mera insinuación, podrían sugerirse tres áreas de formación y, dentro de cada una de ellas, algunos puntos concretos. En el "área de formación doctrinal", anotaríamos los puntos: Dios y el hombre contemporáneo, problemas de Cristología y Eclesiología, antropología y evangelización: evangelización de las culturas, la Doctrina Social de la Iglesia.

En el "área de formación pastoral": Comunidades de base y ministerios; formas especializadas de catequesis: familiar, confirmación, prebautismal, novios, adultos, niños, adolescentes, etc.; pastoral orgánica, sentido del presbiterio y del equipo (con diáconos, religiosos, religiosas y laicos); nociones de pastorales especializadas: obrera, juvenil, universitaria, educacional, familiar; problemas morales de especial interés o urgencia; nociones de organización y administración.

En el "área de formación espiritual y litúrgica": la Oración personal, comunitaria y litúrgica; las celebraciones litúrgicas; la direc-

ción espiritual; la práctica del sacramento de la reconciliación (personal y comunitaria).

8. ORGANISMOS COLEGIADOS PARROQUIALES

El hombre de la ciudad es esencialmente activo, en contraposición a la actitud más pasiva del hombre del campo. Esta actividad lo lleva a desear "participar" en las organizaciones a las cuales adhiere, entre ellas la Iglesia y más concretamente la parroquia.

Puebla exhorta a que se haga de la parroquia una comunidad participativa a cuya cabeza se encuentra el párroco, representante del Obispo en ella.

El sentido y la realidad de la participación en la parroquia, normalmente cobran vida por medio de los organismos colegiados o consejos.

Diferentes consejos se constituyen hoy día en nuestras parroquias como una forma de hacer realidad la corresponsabilidad entre el párroco y los laicos: Consejo Pastoral, Consejo parroquial, Junta parroquial, Consejo de comunidades, Consejo juvenil, Comité económico, Junta catequética, etc.

Sin duda el organismo colegiado más importante en el contexto parroquial es el "Consejo parroquial", llamado también "Consejo pastoral", "Junta parroquial", etc. De allí emanan las grandes líneas, orientaciones y acciones generales de la parroquia.

Un primer elemento de diferenciación entre nuestras parroquias con respecto a este tópico se refiere a la existencia misma de un consejo parroquial y/o pastoral. En algunas parroquias no existe un consejo parroquial o pastoral en donde se piense, elabore o se de-

cidan las cuestiones fundamentales de la marcha de la parroquia. El párroco decide por sí y ante sí todas las cuestiones fundamentales de la parroquia, sin someter nada de su marcha global al análisis entre los elementos más representativos de la parroquia. Por el contrario, hay parroquias, que poseen este tipo de consejos, estableciéndose en ellos un análisis, proyectos y planes para la marcha de la parroquia.

En general diremos que hay parroquias en las que no existen tales consejos; en otras tienen carácter consultivo; en un tercer grupo poseen también poder resolutivo.

También el desempeño del párroco en los consejos varía. Generalmente el párroco preside el consejo parroquial. En algunos consejos, el párroco tiene un voto, igual a los demás; en otros, el párroco no vota pero se reserva el derecho a veto en caso de que él considere que el acuerdo logrado no se ajusta a las normas eclesiales establecidas, y en otros el párroco se limita a dirimir los posibles conflictos o desacuerdos surgidos en el seno del consejo parroquial.

Otro elemento que podría ser analizado es la composición de los miembros de estos consejos; ello nos podría indicar el carácter de la "comunidad y participación" eclesial manifestada en la parroquia. Pero ello saldría fuera de los límites del presente trabajo.

Digamos para terminar este punto que hasta hace poco tiempo el área del manejo de las finanzas parroquiales era campo vetado para la participación laical. Hubo cambios también en este aspecto y son variadas las experiencias que se han venido realizando.

9. PARROQUIA Y COMUNIDAD ECLESIAL DE BASE

El documento de Puebla (No. 644) dice que la Parroquia debe ser "centro de coordinación y animación de comunidades...", y que mediante esta funcionalidad el horizonte de comunión y participación se abre más. Además, afirma que "la parroquia realiza una función en cierto modo integral de Iglesia, ya que acompaña a las personas y familias a lo largo de su existencia, en la educación y crecimiento de su fe", lo cual supone un acercamiento directo del personal apostólico a las familias y personas que conforman la parroquia.

Este ideal que nos pide Puebla no es nuevo. En efecto, uno de los objetivos de la creación de las parroquias en el siglo IV fue precisamente éste, el que las diferentes comunidades que fueron creándose bajo el giro constantiniano de la época fueran regidas por un presbítero para asegurar ese contacto personal y familiar con los fieles, puesto que el aumento de la cristiandad hizo difícil el contacto personal del Obispo con la globalidad de la feligresía de la época.

En América Latina el número de los católicos por una parte y la escasez de sacerdotes por la otra, ha dado por resultado la erección de parroquias muy extensas y con mucha población, lo que produce frecuentemente en el pueblo cristiano una pérdida del sentido de pertenencia a una parroquia, puesto que ésta, ante la heterogeneidad socio-cultural de la población adscrita a su territorio jurisdiccional, no logra ni detectarla ni acogerla.

Por ello han surgido las Comunidades eclesiales de base como una porción de Iglesia en un sector socialmente más homogéneo que la globalidad parroquial. Al mismo tiempo, la CEB está dirigida por un agente pastoral que normalmente no es el párroco; puede ser un diácono, un ministro, una religiosa o un laico.

La misión propia de estas comunidades debe ser la de enseñar a los cristianos a "ser solidarios en una misión común y lograr una participación activa, consciente y fructuosa en la vida litúrgica y en la convivencia comunitaria" (Medellín, 6.13).

El fuerte crecimiento que tuvieron en muchos lugares las comunidades de base a partir de la Conferencia Episcopal latinoamericana realizada en Medellín, ha producido una serie de tensiones e interrogantes relativos a la relación que debe existir entre estas comunidades menores y la parroquia. En esta situación de conflicto, normal en un proceso de renovación estructural de la Iglesia, Puebla ha querido darnos una palabra orientadora al respecto. Junto con el impulso renovado a la creación de las comunidades de base, los Obispos de América Latina reunidos en Puebla quisieron destacar el papel aglutinador y de comunión eclesial que debe tener la parroquia respecto a dichas comunidades:

"...la parroquia viene a ser para el cristiano el lugar de encuentro, de fraterna comunicación de personas y de bienes, superando las limitaciones propias de las pequeñas comunidades..." (Puebla 644).

La parroquia debe asegurar la catolicidad y universalidad de la Iglesia sin mermar la peculiaridad, el desarrollo y el crecimiento propio de la Iglesia particular constituida en las pequeñas comunidades. La catolicidad de la Iglesia se asegura teóricamente por la presencia del párroco, representante del Obispo en la parroquia; pero este ideal, a menudo, se ve imbuído de ciertos conflictos propios de la renovación de la estructura eclesial.

El "autoritarismo" de ciertos párrocos, que es necesario no confundir con el concepto de autoridad delegada por el Obispo, frena el crecimiento de las CEB en dichas parroquias, ante la inca-

pacidad de estos párrocos para delegar responsabilidad en la conducción de porciones de su Iglesia parroquial; por el contrario, otros párrocos estimulan la formación de dichas CEB delegando autoridad y transformándose para ellas en animadores y siervos de la Palabra y del Sacramento.

No es ocioso recordar aquí que Puebla quiso especificar el rol del párroco en su relación con las comunidades, diciendo que éste debe ser "animador de comunidades y estar atento a discernir los signos de los tiempos con su pueblo" (Puebla 653).

CAPITULO III

ALGUNAS LINEAS PARA UNA PASTORAL DE

LA PARROQUIA URBANA

1. LA PLANEACION DE LA PASTORAL URBANA

Cobra importancia la planeación pastoral en la Iglesia latinoamericana, quizás dentro de cierta originalidad respecto a las Iglesias de otros continentes. Medellín la destacó ampliamente en el documento 15 sobre Pastoral de Conjunto, señalando cómo dicha planeación es el instrumento eficaz para lograr una verdadera Pastoral de Conjunto que haga pasar las actividades pastorales aisladas a una "acción pastoral" con objetivo y continuidad. Puebla, en la quinta parte del documento, en el capítulo de las opciones pastorales, indica que "el camino práctico para realizar concretamente esas opciones pastorales fundamentales de evangelización es el de una pastoral planificada" (Puebla 1306).

Cuando Puebla hace la anterior indicación se refiere a la totalidad de la acción pastoral de la Iglesia, sin distinguir entre pastoral urbana y pastoral rural. No obstante, la evangelización en el futuro "dará importancia a la pastoral urbana con creación de nuevas estructuras eclesiales que, sin desconocer la validez de la parroquia renovada, permitan afrontar la problemática que presentan las enormes concentraciones humanas hoy" (Puebla 152); esto siempre den-

tro del marco de un plan orgánico de pastoral de conjunto en los diversos niveles: diocesano, nacional y continental (Puebla 151).

Cualquiera respuesta adecuada a los desafíos actuales de la ciudad requiere una pastoral planificada. Aún más, en cierta manera el mundo de lo urbano es terreno abonado para el uso de la técnica así sea en el campo de la pastoral. Intentemos una breve aproximación a las exigencias propias de una planeación pastoral en lo urbano.

Orientación y Metodología

Planificar la pastoral no es meramente una nueva manera de hacer las mismas cosas, sino que supone nuevos hábitos, nuevas actitudes, nueva mentalidad. Ordinariamente el único "norte" en la orientación de nuestra acción ha sido la experiencia realizada, es decir el pasado. Esa actitud correspondía a la situación de una sociedad con mucha estabilidad, en la cual era posible mantener las cosas tal como se presentaban.

Nuestra época es radicalmente diversa. Una característica de la sociedad actual es el cambio, el dinamismo y la movilidad. Podemos decir que esta característica estará aún más acentuada en el futuro, por un cambio acelerado de la dimensión de los fenómenos y sus interdependencias. Para evitar grandes sorpresas, es decir, choques del futuro (Alvin Tofler), tenemos que cambiar radicalmente la actitud mencionada. La actitud retrospectiva debe ser complementada o reemplazada por una actitud prospectiva. Horst Wagenbuhr, uno de los futurólogos más conocidos, decía: cuando la velocidad aumenta se necesitan faros más fuertes: cuando el cambio aumenta se tiene necesidad de previsiones más claras.

En contraposición al pasado, el futuro no se nos presenta co-

mo un solo hecho, como una vía única, sino como una gama de hechos, vías y futuros posibles. Es decir, el futuro se nos presenta con alternativas de desarrollo.

En síntesis podríamos decir que la planificación pastoral en general, pero la urbana en particular, en primerísima línea exige una actitud muy clara: la capacidad de contemplar hechos y acontecimientos desde el punto de vista del futuro para actuar en el presente; una actitud y una orientación prospectivas.

Para evitar equívocos se debe tener en cuenta que el trabajo prospectivo de ninguna manera es esperar en la antesala del futuro. Este empieza hoy. Por eso es menester actuar como cuando se dibuja en perspectiva: contemplar el presente desde un punto central que es el futuro.

Quizás haya que decir sin temor que una acción pastoral en la ciudad que esté basada en una actitud retrospectiva necesariamente está superada por la dinámica del mundo de hoy. Lamentablemente algunas de las metodologías de planeación que se propagan en el continente son de este corte.

Planeación estructural y participante

Puebla exige que la planeación pastoral que se adopte sea participativa "en todos los niveles de las comunidades y personas interesadas" (No. 1307), y en el caso concreto de los laicos "afirma que se requiere su participación no sólo en la fase de ejecución de la pastoral de conjunto, sino también en la planificación y en los mismos organismos de decisión" (No. 808).

Podríamos decir que este aspecto es definitivo en la metodología de la planeación pastoral; cobra especial importancia en la pasto-

ral urbana.

Existe en primer lugar la planeación funcional y discriminante. Su orientación se hace exclusivamente por los llamados "tecnócratas". No hay consulta de la base y por eso los intereses del grupo se pasan por alto. La función realizada por los "tecnócratas" en el campo de la planeación más que discutir o pensar soluciones es planificar políticas. Es una planeación desarraigada". Se hace desde escritorios, se practica en confinamiento; no corresponde a los problemas reales del conjunto de la población. El lenguaje utilizado es inasequible para el pueblo en general. Ordinariamente son planes adoptados como decisiones inmodificables o inflexibles.

Existe también la planeación estructural y participante. Está basada en la autodeterminación que hace el grupo de los fines u objetivos y en la autogestión de los medios necesarios para realizar dichos objetivos. El planificador es sólo asesor que interpreta lo que bulle en el grupo, en el pueblo; lo recoge, lo sistematiza y lo pone en forma de programa. Valor fundamental es aquí la participación considerada como el ejercicio de la corresponsabilidad grupal y el acceso a las decisiones de la organización de la comunidad en la determinación y en el desarrollo de un programa.

Siendo la participación de un valor al cual es muy sensible el hombre actual, sin duda son muy diferentes las posibilidades de hacerlo realidad en el campo y en la ciudad. Un ejemplo muy significativo son las comunidades eclesiales de base, a las cuales nos acabamos de referir, que constituyen estructura nueva que ha dado muchas posibilidades de participación efectiva pero no logra tener en la ciudad el alcance que ha tenido en el mundo rural.

La planeación pastoral cada vez más se manifiesta como mecanismo eficaz de participación al interior de la Iglesia. La pas-

toral urbana deberá encontrar en ella y a través de ella nuevos mecanismos de participación para el mundo obrero, para los grandes sectores marginados de nuestras ciudades que, sintiendo el gran deseo de participación y habiendo tomado conciencia del derecho que les pertenece, no encuentran donde hacerlo realidad. Lo importante es que la planeación adoptada sea estructural y participante.

Dentro de una Pastoral de Conjunto

La pastoral orgánica o de conjunto, señalamos anteriormente, es un esfuerzo por hacer pasar las actividades pastorales aisladas a una acción pastoral con objetivo y continuidad; esto "tanto por la naturaleza misma de la Iglesia, misterio de comunión de diversos miembros y ministerios, como por la eficacia de la acción pastoral con la participación coordinada de todos" (Puebla 807). La planeación pastoral es un instrumento privilegiado que ha encontrado la Iglesia en su diálogo concreto con las ciencias para llevar a cabo esa pastoral de conjunto.

Es importante en este punto señalar cómo la planeación no es sino una de las cuatro funciones que tiene la administración. Así como ha resultado de gran beneficio su aplicación a la pastoral, ciertamente lo irán siendo, de la misma manera, especialmente para lograr una verdadera pastoral de conjunto, las otras funciones de la administración: la organización, la dirección y la evaluación o el control. Respecto a esta última, Puebla valora su importancia en la participación del laicado en la pastoral de conjunto (Cf. No. 818 a 826).

Vale la pena aclarar que la administración aplicada a la tarea pastoral adquiere unas características particulares, dado el objeto especial al cual se aplica: el anuncio de la Buena Nueva a todos los hombres. La gracia, la fe, la presencia del Espíritu hace de la admi-

nistración pastoral una disciplina muy particular. Así, aún cuando no limita en ningún momento la acción del Espíritu, aporta elementos vitales porque obliga a precisar lo que se quiere alcanzar, a establecer los medios más aptos para lograrlo, a coordinar los esfuerzos, a revisar y mejorar lo hecho. Sobre todo nos ofrece un medio de disciplinar lo que muchas veces se deja solamente en manos de la buena voluntad.

Muchos son los aspectos específicos que debe tener en cuenta la pastoral orgánica y en consecuencia la planeación pastoral a los actuales requerimientos de la ciudad. Acentuaremos los siguientes:

La Pastoral territorial y pastoral ambiental son dos fórmulas clásicas de la acción urbana. Puebla habla de la necesidad de evaluar las dos fórmulas (819). El inmediato futuro sin duda exige todavía el mantenimiento de las mismas. La persistencia de las dos, da amplias posibilidades para la participación pero tiene grandes exigencias en la pastoral de conjunto. Puebla, a la vez que afirma la validez de la parroquia renovada en la ciudad, estimula la búsqueda de estructuras nuevas que permitan afrontar de manera más eficaz la pastoral urbana (N. 151)

El pluralismo cultural que es connatural al área urbana plantea retos de difícil respuesta a la pastoral de conjunto. Sin embargo, debe darlos. Estamos lejos de la coordinación de una acción en medios unánimemente católicos. La planeación pastoral tendrá que prever canales concretos de diálogo así como acciones conjuntas en campos como el de la promoción de la justicia y de los derechos humanos "en constantes y progresivas convergencias que apresuren la llegada del Reino de Dios" (Puebla 1252). Coordinar en un medio uniforme es relativamente sencillo; no lo es en un medio plural como es la ciudad actual

Los intereses específicos que convocan a los habitantes de la gran ciudad tienen que ser objeto de un análisis serio de la planeación urbana. Algunos de esos intereses son ya clásicos como el de los obreros y el de los estudiantes, no así el de "los nuevos pobres" (Octogésima Adveniens 15), el de los migrantes, los asilados, los indocumentados de todo género, los refugiados, etc... creados, dice Puebla, por el desequilibrio socio-político a nivel nacional e internacional (No. 1266).

Las opciones preferenciales tienen que ver directamente con una pastoral de conjunto. Es particularmente difícil planificarlas para que tengan cabida en la totalidad de los programas de un plan. La opción preferencial por los pobres y por los jóvenes adquiere matices propios en la pastoral urbana. La miseria de la ciudad es aplastante; podríamos decir que cambia constantemente de rostro y día a día se multiplica. Para los jóvenes de la ciudad la urgencia de gestar un mundo nuevo no admite dilaciones (Octogésima Adveniens, 13).

Un amplio y específico marco de realidad

Puebla habla sobre la necesidad de un "permanente conocimiento de la realidad" como exigencia imprescindible para el cabal cumplimiento de la misión evangelizadora de la Iglesia hoy en América Latina (cf. No. 85). Por otra parte es consciente de que dicho conocimiento requiere "educación en la metodología de análisis de la realidad" (No. 1307).

Sea cual fuere la tarea pastoral que tengamos entre manos, la planeación se inicia en el conocimiento de la realidad, de la vida concreta del pueblo, las situaciones y ambientes en que se mueve, sus valores y contravalores, sus carencias, sus preocupaciones, las estructuras dentro de las cuales se ha organizado su sociedad. Pero este conocimiento de la realidad trata de ir más hondo; no se con-

tenta con detectar los efectos de los problemas que aquejan una comunidad; expresamente requiere ir hasta las causas que se ocultan en la profundidad de esa realidad, "hasta las raíces más profundas de los fenómenos" (Cf. Puebla 63) ya que quiere "conocer... los mecanismos generadores de la pobreza" (No. 1160). Este conocimiento de las causas (tanto en el nivel social: Puebla No. 63 a 68; como en el nivel ético: No. 69; como en el nivel evangélico: No. 28, 72...) será orientación definida para que la acción evangelizadora dé su aporte específico a la solución de los problemas de la comunidad y del continente (cf. Puebla 1293).

Hacer caso omiso de un marco de realidad en una planeación pastoral es reducir ésta última exclusivamente a una técnica más y quitarle el carácter de marcha, de proceso, de mentalidad; es despojarla de toda su riqueza.

El marco de realidad del cual parte la planeación de la pastoral urbana es específico. Debe ser profundamente dinámico y por lo tanto estar alerta para descubrir los procesos que vive la ciudad más que los hechos pasajeros. Si América Latina vive el paso generalizado de sociedad agraria a urbano-industrial, esto afecta todo: "la ciudad se convierte en motor de la nueva civilización universal" (Puebla 429); "las migraciones internas y externas llevan el sentido del desarraigo, las ciudades crecen desorganizadamente con el peligro de transformarse en megapólis incontrolables en las que cada día es más difícil ofrecer los servicios básicos de vivienda, hospitales, escuelas, etc., agrandándose así la marginación social, cultural y económica..." (No. 71); "en su seno se transforman los modos de vidas y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, la organización del trabajo; **se trastornan los mismos**, las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana" (No. 431). Así el proceso de urbanización creciente que vive el continente

va íntimamente unido al proceso de secularización. Añadamos a los anteriores fenómenos otros de igual o quizás mayor importancia para la acción pastoral en la ciudad como es el fenómeno de la marginalización social, tan sobresaliente en América Latina; el fenómeno de proletarianización, reto inmenso de la pastoral obrera; el fenómeno del secularismo que tantos y tan graves males causa a la fe de los cristianos en el continente; la despersonalización, el consumismo, etc.

La planeación de la pastoral urbana tiene que partir del análisis de los anteriores fenómenos y procesos. Cada ciudad los vive a su manera. Interesa sus modalidades. La gran mayoría de los habitantes de la ciudad resulta alienada por los procesos. Interesa que una planeación pastoral participante, que parte de un análisis compartido de la realidad, involucre en un proceso de concientización a los fieles cristianos de las grandes barriadas, a los obreros, a los estudiantes, a los profesionales jóvenes.

La planeación es un punto especialmente difícil pero absolutamente imprescindible para la pastoral urbana. Los análisis de Puebla, principalmente en el capítulo sobre Evangelización de la cultura (Nos. 385 a 469), así como Octogésima Adveniens del 8 al 21, ayudarán eficazmente a concretar este marco.

Respuestas específicas y debidamente instrumentadas

Toda planeación pastoral parte de un análisis de realidad que es sometido al discernimiento evangélico y de la doctrina de la Iglesia (Octogésima Adveniens 4) pero tiene que llegar a programas de acción muy definidos y concretos. Es un proceso comunitario; no es la mera aplicación de una técnica. Constituye un proceso de gran creatividad. Las exigencias nuevas surgidas de una realidad diferen-

te imponen nuevas respuestas que dentro de un proceso de planeación pastoral ni pueden ser improvisadas ni pueden pensarse a espaldas de una pastoral de conjunto.

A continuación señalamos algunos puntos que especialmente deben ser tenidos en cuenta en la pastoral urbana:

Los programas de pastoral obrera, tanto en lo que respecta a promoción, asesoría y defensa de las organizaciones propias de los trabajadores como en lo que respecta a caminos de evangelización más fundamentados en el testimonio de vida.

Los programas de marginados urbanos que han de tener presente tanto la educación para la convivencia y para la justicia como la promoción de su organización (Puebla 477).

Sectores como los de profesionales, políticos, universitarios, empleados públicos, etc. son destinatarios obligados de la pastoral urbana hoy.

Así como la población flotante en las megápolis urge la imaginación pastoral, lo mismo ocurre con grupos tan importantes como los migrantes, los refugiados, los asilados, etc. que se han convertido en fenómenos permanentes a los cuales ha de dar respuesta la pastoral urbana.

La coordinación y adecuada promoción de las CEB en los medios populares y principalmente entre los jóvenes reviste características diferentes a las respuestas pastorales que se dan en el medio rural.

El evidente proceso de politización de diversos sectores de la población urbana junto con el compromiso de orden político de los

cristianos requieren programas concretos de educación, a la luz de la doctrina social de la Iglesia.

La religiosidad popular no escapa de ninguna forma al interés y al cuidado de la pastoral urbana.

Fenómenos como la delincuencia, la drogomanía, etc. tendrán un capítulo especial en la programación de la pastoral de una ciudad.

Teniendo en cuenta su significación en el proceso de urbanización, tanto positiva como negativamente, los medios masivos de comunicación social juegan un papel especial en la programación de la pastoral urbana. Por una parte estará la búsqueda de su efectiva utilización, por la otra, la educación requerida para protegerse de su masificación indiscriminada.

Sin duda esta sucinta enumeración se queda corta. Los retos de la pastoral urbana parecen a veces superar la imaginación. Las respuestas no pueden ser resultado de acciones inmediatas o de programas dispersos. De nuevo aquí juega un papel sobresaliente la planeación pastoral: dar respuestas adecuadamente concretadas y orgánicamente ubicadas dentro de una pastoral de conjunto.

2. LA CATEQUESIS EN LA PASTORAL DE LA PARROQUIA URBANA

Ya hemos dicho que la ciudad es un espacio geográfico y humano con características peculiares donde la Iglesia vive con una fisonomía propia que se expresa a través de múltiples mediaciones pastorales, instituciones, personas y servicios. La parroquia en la ciudad y la catequesis en la parroquia urbana constituyen una expresión particularizada del misterio de la Iglesia y en concreto de su ministerio pastoral. Esto significa que, dondequiera que ellas se en-

carnen histórica y culturalmente, revelarán las dimensiones del Pueblo de Dios en su conjunto. La ciudad, sin embargo, determinará un estilo de ser Iglesia y de expresarse como tal.

Reflexionaremos brevemente sobre el ministerio de la catequesis enmarcado en lo urbano y lo parroquial. Estos dos factores configurarán las opciones catequéticas que se hagan, las acentuaciones del mensaje que se proclame y las pedagogías catequísticas con sus correspondientes alternativas metodológicas.

Presupuestos necesarios para abordar el tema

Estos elementos de entrada, además de ser marco de referencia indispensable, nos facilitan la ubicación correcta del tema, nos revelan sus alcances y nos sugieren algunas dificultades que pueden salirnos al paso.

a) Asumir los factores condicionantes de toda pastoral en la ciudad

Se trata de entrar en un proceso personal de discernimiento pastoral que lleve a una aceptación capaz de desbloquear a los pastores, de la gran ciudad liberándolos de cosmovisiones superadas y de hábitos pastorales ya inadecuados. No es posible enfrentar los desafíos pastorales de la ciudad sino a condición de adoptar posiciones claras frente a hechos de alguna manera inéditos.

Señalamos algunos de estos factores sobresalientes sin profundizarlos y recordando que ya de alguna manera nos hemos referido a ellos. Serían los siguientes:

— Las migraciones internas, el éxodo del campo, los núcleos de población flotante, ya sea porque la ciudad atrae o porque el

campo expulsa.

— La ciudad concebida como el espacio de la mudanza continua, de la moda al día y de la movilidad incesante.

— Las múltiples dependencias experimentadas por el hombre de la ciudad, la interdependencia, la especialización de funciones, la socialización de la vida.

— La presencia irreversible del pluralismo social en todas sus formas.

— La convivencia regida por relaciones humanas secundarias (oficios, funciones) que conllevan aislamiento, soledad, anonimato.

— El impacto y la presencia avasalladora de los medios de comunicación social, generadores de cohesión, gestadores de mentalidad, transmisores de cultura, portadores de valores o antivalores, alienantes, vehículos de acercamiento humano...

— El ritmo vertiginoso que la ciudad imprime a la vida, la esclavitud de los horarios y del reloj, a causa de una concepción no rural del tiempo.

— La ciudad como lugar donde se dan cita las formas de contraste social de un país: opulencia-miseria, cultura-analfabetismo, trabajo-desempleo...

— El ambiente secularizante que acelera el proceso de desmitificación y desmoronamiento de normas, pautas de comportamiento, tabúes, tradiciones.

— La ciudad comprendida como un cuerpo social indivisible,

donde el hombre se forja urbanamente, es decir, desde un "habitat" que le da una forma de ser en el mundo.

— La permanente intercomunicación entre campo y ciudad que hace cada día las distintas culturas más cortas.

— La ciudad como centro de poder, de decisiones y de influencia cultural, política y económica sobre el resto de una región o de un país.

— La persistencia de la religiosidad popular en las grandes urbes latinoamericanas, no obstante el creciente proceso de urbanización.

La Iglesia misionera en la ciudad, no sólo se insertará para proclamar su Evangelio desde dentro, sino también se apropiará la vida urbana en toda su densidad, a fin de que su lenguaje salvífico lleve los acentos con los cuales pueda ser reconocido y acogido su mensaje.

b) Detectar las características antropológicas del hombre de la ciudad para buscar los cauces de su encuentro con el Evangelio.

La pastoral urbana substancialmente busca propiciar un encuentro del hombre con el Evangelio, desde su ambiente vital y su entorno cultural. Ello le va a implicar un paciente quehacer de aproximación antropológica que descubra los rasgos característicos que de hecho pueden favorecer o pueden entorpecer la marcha interior del hombre hacia Dios.

Se sabe que cada hombre tiene una forma original de ser y de existir que le viene de su ubicación en el mundo y de las relacio-

nes que establece con él. Emplea sus propios códigos de interpretación de la realidad que le hacen capaz de adquirir su cosmovisión particular. Reacciona peculiarmente a los estímulos que recibe. Todo hombre crea sus propias escalas de valores que se encuentran en la base de óptica ante la vida. El medio modela la existencia humana, dándole una fisonomía particular, pero el hombre también modela al medio, imprimiéndole su propia huella.

El hombre de la ciudad tiene su manera de ser y de existir; una manera urbana que lo identifica claramente y a la vez lo hace ser distinto. Posee, por tanto, características antropológicas exclusivas que revelan su fisonomía "citadina"

Estas son algunas de las más sobresalientes:

De signo positivo

- Creativo
- Dinámico
- Con grados superiores de cultura
- Crítico e inconforme
- Exigente
- Desinstalado
- Antitradicionalista
- Desmitificador
- Participativo
- De espíritu democrático
- De espíritu cosmopolita

De signo negativo

- Apresurado
- Ansioso y neurotizado
- Autosuficiente frente al hombre del campo
- Masificado y despersonalizado
- Con tendencia a conservar su anonimato
- Multidependiente
- Con una fuerte experiencia de soledad
- Con tendencia al individualismo
- Extrovertido
- Familiarmente desintegrado
- Dislocado psicológica, social y geográficamente.

Estas y otras características que puedan encontrarse deben ser indicadores necesarios en una pastoral urbana que verdaderamente pretenda prestar al hombre un servicio pedagógico de acompañamiento en la realización de su proyecto como hombre que vive su fe en el corazón de la ciudad.

c) Aceptar los cuestionamientos que se plantean a la parroquia urbana en su quehacer de mediación pastoral

Como instancia y mediación pastoral la parroquia urbana necesariamente se ve conmocionada por los factores que condicionan todo quehacer misionero de la Iglesia en la ciudad.

De estos factores condicionantes se desprenden, de hecho, muchos retos que van al mismo corazón de la parroquia urbana.

Estos son algunos sobresalientes:

* "Quiérase o no, la parroquia sigue siendo una referencia importante para el pueblo cristiano, incluso para los no practicantes" (Cat. Tradendae No. 67). Las preguntas son "Bajo qué condiciones? Qué calidad tiene esa referencia? Con qué frecuencia se hace?"

Debe decirse que a menudo apenas llega a ser una microrreferencia, pues hay en la ciudad otros polos que aglutinan porciones mucho mayores del tiempo, de la vida y de las relaciones del hombre.

* Cuando se ha producido el estallido territorial y poblacional que entorpece las relaciones interpersonales, elimina el control de la actividad humana y favorece el anonimato social no es posible que la parroquia urbana continúe cerradamente estructurada a semejanza de la parroquia rural, con su territorio y su población co-

rrespondiente, sus relaciones primarias y su control de la totalidad de la actividad humana.

* En la ciudad el hombre busca satisfactores eficaces e inmediatos; si es con autoservicio mucho mejor, porque es más rápido y se gana tiempo. Pero la parroquia se mantendrá fiel a su vocación si aparece como un simple centro de abastecimiento religioso, al nivel de todos los demás?

* La ciudad se mueve por una filosofía de competencia como premisa de subsistencia. Acepta la parroquia entrar en este juego nuevo de fuerzas sociales? Sabe y admite que su mensaje no es el único, que hay otros presentados con mejores medios? Admite que su lugar físico no es ni con mucho el mejor polo de atracción, de servicios, de encuentro ni de relaciones?

Estos cuestionamientos ponen a la parroquia en la necesidad de profundizar el sentido más profundo de su presencia y de su ministerio pastoral en la ciudad, porque no se trata únicamente de subsistir por inercia histórico-jurídica, sino de ser fiel a las más pura esencia de la misión.

La Catequesis en la Pastoral de la Ciudad

El horizonte de la pastoral urbana es construir el Reino de Dios en la ciudad, desde la ciudad, con la ciudad y para la ciudad. Este es el punto vital a donde convergen tanto las personas y las instituciones como los ministerios y los demás recursos con los cuales se edifica el Reino de Dios.

La ciudad como cuerpo vivo e indivisible, es convocada y está destinada al encuentro con el Dios que la salva, impulsando su dinamismo interno para que realice su proyecto en la historia. Pues-

ta al servicio de la ciudad, la Iglesia se pone en marcha con ella, le entrega toda la riqueza evangélica que posee en su interior y la acompaña pedagógicamente para el descubrimiento y el reconocimiento de la obra de Dios latente en las expectativas y en los horizontes de la vida ciudadana. Por ello, la Iglesia pone en juego la gama de mediaciones pastorales a través de las cuales asume la vocación de la ciudad para hacerla partícipe del Reino.

El ministerio de la catequesis en la pastoral urbana se contempla como expresión y lenguaje profético del Pueblo de Dios, que se asocia profundamente al espacio y al tiempo de la urbe para impulsarla pedagógicamente hacia el Reino.

Como un quehacer específicamente profético ligado a la Palabra, busca preferentemente diseñar un ideal de comunidad urbana que se ajuste a los postulados del plan de Dios. La comunidad urbana es un cuerpo viviente que tiende a la madurez por la vía del crecimiento interno y de la respuesta a su propia vocación. Tiene un proyecto de vida que se articula en torno a expectativas, posibilidades y objetivos fundamentales.

La catequesis apoya este proyecto de la ciudad, ofreciéndole la posibilidad de interiorizar y apropiarse los valores del Reino como base de su visión existencial. Le ofrece la propuesta de alternativas válidas para plasmar en la historia un proyecto humano que está profundamente emparentado con el ideal cristiano.

La tarea fundamental de la catequesis en la ciudad consistirá, por consiguiente, en la creación de condiciones que favorezcan la construcción de la comunidad urbana con un alma cristiana. La catequesis se constituye así en instancia de crecimiento que se une a las fuerzas diversas que edifican la urbe.

La Catequesis desde la Parroquia Urbana en América Latina

La parroquia urbana de América Latina, en su empeño por ser una alternativa válida para educar gradual y progresivamente la Fe de los que a ella se refieren, se ve llamada a vivir unas **convicciones fundamentales** sin las cuales su acción catequética podría ser intrascendente. Cada una de estas convicciones implicará consecuencias inevitables tanto en el orden de los valores pastorales que se asumen, como en el de las actitudes que se adoptan y, sobre todo, en el de la praxis que se lleve a cabo.

1a. Convicción

La parroquia urbana sólo podrá ser instancia válida y auténtica de educación de la Fe, en la medida en que vea claramente su identidad y recupere su genuina vocación misionera. Ello ha de mover a los pastores a reflexionar teológicamente los rasgos de la imagen de parroquia en la ciudad y, además, las opciones pastorales coherentes con el nuevo ser parroquial que se descubra.

2a. Convicción

El signo más elocuente del empeño catequético de la parroquia urbana reside en la capacidad que tenga su estructura para ponerse al servicio de la acogida evangélica, del encuentro humano y de la cordialidad; de las relaciones fraternas carentes de elitismos o clasismos; de la generosidad, de la justicia y del compromiso con los menos favorecidos. Será expresión evangélica en un mundo urbano que a menudo camina en dirección opuesta.

3a. Convicción

La catequesis será viable en la parroquia urbana cuando esta

admira plenamente su nuevo "status" social y acepte entrar en el juego de un pluralismo irreversible, liberándose de actitudes y de hábitos pastorales provenientes de un contexto social monolítico, propio de las sociedades rurales. Las exigencias pastorales más evidentes que de aquí se desprenderán son: apertura crítica, discernimiento clarividente y el anuncio profético, a veces convertido en denuncia, todo ello inspirado en los valores esenciales del Evangelio, como pauta que da la originalidad cristiana a nivel de individuos y de instituciones.

4a. Convicción

La catequesis será expresión profética y contemporánea de la vocación misionera de la Iglesia cuando la parroquia en la ciudad esté dispuesta a asociarse al ritmo de vida presente en el mundo urbano. De otro modo se verá siempre como desfasada.

La urgencia que se impone desde esta convicción es la de investigar en la nueva concepción del tiempo que tienen los habitantes de la urbe, a menudo diametralmente opuesta a la de los medios no urbanos. Ello pedirá frecuentemente cambiar la perspectiva de la organización parroquial y de los servicios que en ella se prestan.

5a. Convicción

La parroquia urbana será educadora de la Fe siempre que trate de moverse en una búsqueda permanente que no le permita absolutizar lo relativo, universalizar lo particular ni dogmatizar lo opinable. La actitud de búsqueda —no la búsqueda por sí misma— es resultante del dinamismo humano que hoy se vive y practica. La búsqueda lleva al rechazo de una concepción estática de la vida y, sobre todo, a una incesante creatividad. Por ello en la parroquia urbana será impo-

sible catequizar si sus estructuras y sus personas, sus servicios y demás recursos no se encauzan por la vía de la creatividad. Porque en una sociedad marcada por el dinamismo creador y la mutación continua, la parroquia puede verse sin futuro misionero si se aferra a formas pastorales que se consideran inmutables.

6a. Convicción

Una parroquia que quiera catequizar y evangelizar "no de manera decorativa, como un barniz superficial, sino de modo vital, en profundidad y hasta las mismas raíces", (E.N. 20) necesitará estar atenta al entorno para aprender a leer los signos de la comunicación humana, de la relación interpersonal y de la presencia o de la ausencia de Dios, a fin de revelar allí el sentido más hondo de la vida.

No se puede olvidar particularmente en las ciudades latinoamericanas la coexistencia de las expresiones de religiosidad popular con los signos emergentes de la cultura urbana secularizante, lo cual obliga a una delicada tarea de discernimiento para la incorporación de estas expresiones en el quehacer de la educación de la Fe.

7a. Convicción

La evangelización y la catequesis en la parroquia urbana sólo obtendrán una irradiación amplia y profunda en la ciudad cuando exista el pleno reconocimiento del papel de los laicos en la Iglesia y se susciten ministerios laicales diversificados. Esto no sólo como táctica pastoral obligada por las circunstancias (exceso de trabajo, escasez de personal apostólico, democratización de las relaciones urbanas...) sino por convicción profundamente eclesial.

8a. Convicción

La parroquia urbana, más allá de sus límites territoriales y de sus imperativos jurídicos, se enclava en la ciudad como en un ente vivo que constituye un todo social. La catequesis que desde allí se irradie deberá lanzar a los cristianos a hacerse responsables de su ciudad, a realizar su proyecto de vida en la convivencia que implica el ejercicio de virtudes sociales fundamentales, como el respeto, la colaboración, la participación corresponsable, etc.

9a. Convicción

La catequesis en cada parroquia urbana aisladamente considerada, no podrá ser respuesta a muchas expectativas y necesidades si no abre su horizonte a otras comunidades parroquiales u organismos colegiados que buscan substancialmente los mismos objetivos. Esto exigirá trabajar con mentalidad de equipo, planear en conjunto, ejercitarse en el ministerio de la coordinación y optar por la organización pastoral. Todo ello puede y deberá desembocar de hecho en un compromiso supraparroquial que libere a la parroquia de su tendencia a la autarquía y a la autosuficiencia.

3. LA LITURGIA EN LA PASTORAL URBANA

La Liturgia y sus objetivos

"La Liturgia, como acción de Cristo y de la Iglesia, es el ejercicio del Sacerdoció de Jesucristo" (Cf. SC 7) y es por eso mismo "cumbre y fuente de la vida de la Iglesia" (Cf. SC 10).

Puebla añade:

"La Liturgia es también fuerza en el peregrinar, a fin de llevar

a cabo, mediante el compromiso transformador de la vida, la realización plena del Reino, según el plan de Dios" (DP 918).

Por la celebración de la Liturgia, en especial por la Eucaristía, las personas participan de la alianza del Señor (GS 92). La participación en el misterio de la Liturgia "es prenda de esperanza y el vínculo en el caminar de cada día" (GS 38), "es la fuente de la vida de la Iglesia" (PC 15); asimismo, la Eucaristía, eje de toda la Liturgia es fuente "de la vida cristiana y de toda Evangelización" (PO 5).

La celebración de los misterios, pues, debe llevar al hombre de todos los tiempos a encontrar respuesta a su deseo íntimo de comunión y unidad conforme dispuso el mismo Señor; "ellos santifican y salvan a los hombres, no simplemente sin ninguna conexión de unos con otros, sino en comunión con todos" (LG 9; GS 32; AG 2,18).

Cristo realiza su obra salvífica para la **vida del mundo**. La celebración de ese misterio en la Liturgia es para que los cristianos obtengan la vida de Cristo y se pongan ellos mismos al servicio del hombre para que completen en sí la obra de Cristo, constituyendo un mundo nuevo. (Cf. JO 6,51; Oct. Adv. An. 36, 43, 45; Medellín 11, 18; 10, 11; DP 316s; 320).

Todo el misterio de Cristo es para que la humanidad sea **liberada** de su condición de pecado y participe de la vida de Dios (Evang. Test. 18; Oct. Adv. An. 15, 47; 38; Medellín 9, 14; DP 470s; 491s). Cristo se entrega y vive su hora, para que "todos sean uno con el Padre". La celebración de este misterio asume un compromiso de llevar a los hombres a vivir la unidad y a construir un mundo más fraterno (JO 15; Evang. Test. 18, 19; Oct. Adv. An. 7; Ench. Myst. 6, 7, 18; Medellín 9, 12; DP 212 o 215).

Por lo tanto, toda celebración litúrgica, y en especial la Eucaristía, incluye un compromiso —ya sea de parte de los cristianos que participan, ya sea de parte de los que presiden la celebración— de crear condiciones para que se viva y se testimonie la consagración a Cristo y a la causa del Reino que debe realizarse entre los hombres (Oct. Adv. An. 46; Nostrae Aet. 5; Medellín 10, 12; 8, 10; 9, 37). Para que eso sea una realidad visible los cristianos deben ser movidos a reunirse en comunidades vivas y convertirse en signo y fermento de la unidad que el mundo tanto necesita, sobre todo actualmente en nuestras ciudades donde hay tanta dispersión, soledad, angustia y búsqueda de comunión (Evang. Test. 38, 39; Euch. Myst. 18; Medellín 6, 9, 13; 9, 3; 15, 6; DP passim).

La Liturgia en las condiciones urbanas

Las condiciones particulares de la ciudad exigen una reevaluación profunda del modo de celebrar la Liturgia para que responda a su naturaleza propia y comunique al hombre, en tales situaciones, su fuerza y su gracia.

La primera observación que hacemos es que en el contexto urbano el ambiente no se identifica con la relativa segura estabilidad de valores mantenidos por las comunidades rurales. La misma forma de celebrar la Liturgia, en el aislamiento rural, única y sin modelos de comparación, sufre en la ciudad una confrontación.

Si frente a ciertos cambios en la forma de celebración la gente se admira, fácilmente se responde que hay cambios porque ya los vieron en experiencias anteriores; por ejemplo, el cambio del latín a la lengua vernácula o la comunión de pie. Lo grave es cuando la confrontación se da en términos de mensaje. Por eso, una primera exigencia de la Liturgia es tratar de no crear en la conciencia de los cristianos una suerte de relativismo. Es decir, si la escala de va-

lores es puesta en cuestión por el contexto urbano y además la misma Iglesia no ofrece unidad en su mensaje, las personas entran en una relatividad absoluta, incluso en cuestiones de fe.

Eso significa que la posibilidad de oír el mensaje desde varias fuentes —lo que no era posible en el ambiente rural— pide que los ministros tengan mayor unidad de criterios.

Otro cambio significativo es que la comunidad humana, en el medio rural, preexiste al hecho de la asamblea litúrgica. Aunque la suposición de que haya coincidencia entre la comunidad humana y la cristiana pueda ser cuestionada, el párroco sabe que conoce su gente y este es el público que se reúne para celebrar la Eucaristía o viene a pedir los otros sacramentos. Para el párroco los feligreses de su parroquia son los fieles de su misa y de su atención sacramental.

Las Comunidades Eclesiales de Base han creado una dificultad a esa uniformidad en la celebración de la Liturgia. Por la misma iniciación cristiana, los grupos de las CEB empezaron a exigir un tipo de celebración más adecuado a sus situaciones peculiares. “La Liturgia debe expresar la vida de la comunidad”; “debemos celebrar la vida”; “la celebración debe asumir los hechos de la vida”, se dice.

Eso dió origen a dos problemas o tensiones. Para unos, la Liturgia estereotipo no responde a la realidad de la vida, para otros la Liturgia debe obedecer al ritmo y a las circunstancias de la vivencia del grupo humano con el cual se celebra.

En la situación urbana ni el uno ni el otro tipo son posibles, porque la diversidad de las categorías de cristianos que se reúnen para las celebraciones hace que cada uno tenga sus exigencias y tanto una liturgia “standard” como otra “variable” no satisfacen.

Todo esto nos lleva a recordar que la Liturgia ni es fría e invulnerable, ni se hace al gusto de cada grupo humano. La naturaleza eclesial de la Liturgia es tal que las comunidades pueden recibir alimento para sus vidas, por más diversificadas que sean.

La Liturgia se caracteriza menos por la comunidad humana preexistente y más por las características cristianas de las personas que se reúnen. Si en el contexto rural o en las CEB el aspecto prioritario podría ser el socio-cultural, la asamblea urbana está caracterizada por la especificidad de **una misma fe**. Saber que los feligreses, con experiencias humanas muy diferentes, se reúnen en la misma fe es elemento comunitario y eclesial que está en la base de la celebración. Pero eso no es suficiente; para responder mejor a las diversas experiencias humanas y a las exigencias de orientación adecuada para la vida cristiana, es posible pensar que la celebración en la ciudad debe ser diversificada y ofrecer posibilidades de elección.

Pastoralmente, las celebraciones especializadas (niños, jóvenes, obreros, profesionales, universitarios...) deben constituir un sector de la atención pastoral en la ciudad que no siempre la misma parroquia podrá atender.

No se trata de hacer grupos simplemente por hacerlos; se han de tener en cuenta las características propias de cada grupo y ofrecerles la posibilidad de una participación de acuerdo con la edad o condición y con el progreso personal y grupal.

Por ejemplo, los niños merecen especial atención. El mismo Directorio para misas con los niños (n. 9) dice explícitamente:

“Los educadores han de tender a que los niños adquieran también una experiencia, de acuerdo con su edad y con su progreso personal, de los VALORES HUMANOS subyacentes en la cele-

bración eucarística, tales como la acción comunitaria, el saludo, la capacidad de escuchar y también de pedir y otorgar perdón, la expresión del agradecimiento, la experiencia de las acciones simbólicas, del banquete fraternal, de la celebración festiva”.

Fácilmente se deduce que hay exigencias muy propias para esas celebraciones especializadas y que no todos los sacerdotes tienen cualidades polifacéticas. Lo cual requiere que se establezcan acuerdos entre las parroquias vecinas para que puedan ofrecer servicios dignos y que respondan a esa variedad de situaciones. En la ciudad, esa colaboración para ofrecer un mejor servicio es exigida por los grupos humanos diferentes y es posible por las condiciones que ofrece la ciudad.

En la parroquia, la ciudad pide que se tenga en cuenta las características de cada asamblea. Así, por ejemplo, la proporción entre los feligreses estables en cada asamblea y los transeúnetes determinará una serie de adaptaciones pedagógicas. Hay asambleas de barrios donde la mayor parte de los fieles es bastante estable en su asistencia al templo parroquial, pero no siempre constituyen una comunidad de personas conocidas (barrios nuevos, movilidad residencial...). La celebración litúrgica tendrá que esforzarse por crear elementos de comunidad en todas las dimensiones. La atención a los que llegan o parten y a los que vienen para quedarse es tarea primordial de la asamblea.

También puede acontecer que las asambleas tengan como fisonomía propia una proporción muy pequeña de feligreses asiduos y un número considerable de transeúntes (iglesias con parqueadero, con muchos horarios de celebraciones, al lado de carreteras de salida y acceso a la ciudad...).

En este caso es necesario que el **Ministerio de la Acogida** tenga importancia con el fin de evitar el total anonimato de los participantes.

Particular responsabilidad compete al núcleo estable que, con el párroco constituyen "los dueños de casa" para recibir y ayudar al "parroqueño" (extranjero) que es hermano y pide ser recibido a la mesa común.

Los cantos, las moniciones, la acogida, la motivación a participar, la invitación a ejercer algún ministerio, en fin, todas las intervenciones del equipo de celebración asumen importancia decisiva ya que pueden favorecer un clima de celebración, el deseo de volver a estabilizarse como miembros de esa asamblea, motivar a formar parte de una comunidad cristiana o, al contrario, pueden dar la impresión de que es lo mismo ser asiduos a una comunidad o integrarse anónima y ocasionalmente no importa donde. La parroquia que ofrece el testimonio de un núcleo comunitario activo, consciente y acogedor está revelando la dimensión comunitaria de la Iglesia y de la Liturgia en especial.

En la medida que las personas se integran y se sienten miembros de una determinada asamblea, especialmente si se les confía alguna tarea en la comunidad, se pueden presentar algunas cuestiones: la primera comunión de los niños, el bautismo, el entierro y el matrimonio... dónde los celebrarán? Será oportuno seguir exigiendo la celebración de estos actos en la parroquia territorial, con la cual no tienen contacto, o en la comunidad de la cual hacen parte, donde se alimentan espiritualmente y sienten que crece su vida eclesial? Parece que lo normal será vivir la vida eclesial y sacramental en su integridad en aquella comunidad que se constituye como parroquia por elección pues allí están los hermanos con quienes se suele compartir la vida eclesial.

Pero todo eso, en la ciudad, tiene que ser reglamentado por orientaciones diocesanas muy claras para que los párrocos colaboren y no se sientan como defraudados por feligreses que adoptan tales criterios.

Particular y grave problema en la Pastoral Urbana pueden constituir las Iglesias ubicadas en el centro (o centros) de la ciudad. Al mismo tiempo que pueden ser un motor en la Pastoral Litúrgica, también pueden entorpecer la puesta en práctica de muchas normas parroquiales.

De hecho, muchos servicios culturales se buscan en esos templos por la comodidad que ofrecen los horarios y la posibilidad de participación por parte de las personas que pasan largo espacio de su tiempo en el centro.

La inobservancia de las normas pastorales con relación a matrimonios, misas, confesiones; la falta de acogida adecuada para la constitución de asambleas, la apariencia de comercio-cultural, la multiplicidad de horarios de celebraciones para responder a las demandas, son factores entre otros, que pueden desfigurar la dignidad de la Liturgia y prestar un mal servicio a la Pastoral de Conjunto en una ciudad.

Las celebraciones en estos lugares debieran ser ejemplares y modelos educativos para fieles provenientes de los demás lugares de la gran ciudad. En verdad, por los centros de la gran ciudad pasan fieles de todos sus ángulos.

Es también cierto que este es un problema de difícil solución para los Obispos.

El ofrecimiento de buenos servicios, sobre todo litúrgicos,

en los centros de las grandes urbes es un gran paso en la pastoral de las ciudades.

Otros aspectos de la Pastoral Litúrgica Sacramental

El sacramento de la **penitencia** se enfrenta a dificultades especiales; claro que no sólo en la ciudad.

Enumeramos, en general, el problema de la disponibilidad de los pastores, de los horarios y lugares preestablecidos para atender a este sacramento; la ignorancia de las transformaciones en la celebración de este sacramento; la necesaria preparación y actualización de los confesores para enfrentarse a situaciones nuevas y de no fácil solución; la necesidad de una educación —y reeducación— de la conciencia cristiana frente a los desafíos y valores o contravalores de hoy.

Es indispensable proveer lugares de fácil acceso y con horarios adecuados para que, con frecuencia, los cristianos puedan recurrir a este sacramento. Lugares especiales, distribuidos en los sectores de mayor paso de transeúntes y con confesores disponibles, inclusive en horarios nocturnos, parecen ser una solicitud importante de la Pastoral Urbana.

Debe darse atención especial a las celebraciones penitenciales, oportunamente preparadas para el contexto urbano. Bien celebradas pueden ser ocasión para que muchos vuelvan afectivamente a ese don que el Señor ha hecho a su Iglesia.

Las celebraciones presentarán la Palabra de Dios como criterio último y seguro para vivir la fe comprometida con las realidades de la vida, para enfrentarse sin prejuicios ni laxismos a toda especie de situaciones, muchas veces insólitas con las cuales cada uno se encuentra diariamente.

La asistencia pastoral **a los enfermos** puede constituirse, en la ciudad, en un delicado problema. En el ambiente rural toda la parroquia constituía una familia y el párroco fácilmente podría ser llamado. En la ciudad, la vida del párroco es programada y a veces con compromisos preestablecidos. Además, las personas no son conocidas. Todo eso dificulta una atención personal a los enfermos.

En primer lugar es necesario una conciencia muy clara del valor sacramental y pastoral del sacramento de los enfermos; es primordial no restarle la importancia que en verdad tiene.

Por otro lado, es importante educar a los cristianos sobre la necesidad de prever. La celebración comunitaria del sacramento de los enfermos puede quitar mucho del sentido "dramático" que se ha dado a este sacramento, de manera que los cristianos se acostumbren a llamar a tiempo al sacerdote y este pueda planear su visita durante el día.

No siempre las clínicas en que yacen los enfermos de la parroquia son accesibles en la ciudad. Los laicos pueden y deben prestar en este campo una muy valiosa colaboración.

La predicación homilética nos exige unas breves observaciones

En primer lugar, los oyentes de la ciudad pueden hacer muchas comparaciones: el domingo anterior escucharon la homilía en la parroquia vecina a esta en que hoy se la escucha; el próximo domingo podrán oír la en otra distinta. Es obvio que por lo menos la unidad de criterios en la presentación de las homilías constituya un requisito indispensable en la ciudad.

En segundo lugar, cada sacerdote que celebra debe suponer

que está alimentando la fe y su crecimiento en fieles de otras parroquias. La importancia de los textos bíblicos es, pues, de prioridad absoluta.

Finalmente, habiendo hoy diversos canales de transmisión de muchos mensajes, se exige del sacerdote urbano preparación y renovación que le pongan al día su manera de presentar la palabra de Dios, en su contenido y en su lenguaje. (Cf Colección DELC, No. 4 "La Homilía": ¿Qué es? ¿Cómo se prepara? ¿Cómo se presenta?).

La invasión **de signos** que sufre el hombre urbano le hace incapaz de recibirlos conscientemente. Más bien actúan en el subconsciente de cada uno como poder que domina sin que se tenga conciencia de ello. La percepción del hombre de la ciudad con relación a los signos ha cambiado y quizás la sensibilidad no es la misma.

La religiosidad popular, cultivada de modo tradicional y fiel en el contexto rural, sin dejar de ser importante para el hombre de la ciudad, recibe el impacto del cambio. Se puede afirmar que muchos signos de tal religiosidad son conservados en la ciudad; otros signos entran a formar parte del alma religiosa. Pareciera que la ciudad está creando su religiosidad popular, nuevos modelos de expresiones religiosas con sus símbolos propios. Es necesario que los pastores estén atentos a estas transformaciones. De todos modos la Pastoral Urbana no puede eliminar las expresiones de la religiosidad popular, bajo ningún pretexto, so pena de quitar a la gente una manifestación de pertenencia que le es muy querida. El intercambio, el diálogo, la observación dictarán las maneras concretas de promover manifestaciones que integren al hombre de la ciudad en sus tradiciones religiosas.

La inmediata preparación para la recepción de los sacramentos puede y debe ser un momento privilegiado para sensibilizar a la gente frente a los símbolos de la vida cristiana. Este imperativo de la pastoral no obedece solamente al necesario crecimiento sino que también se relaciona con algo nuevo. El ambiente rural se encargaba de mantener un profundo sentimiento de fe y de pertenencia a la Iglesia aún cuando la educación personal no llegara a constituirse como convicción personal consciente; en la realidad urbana, la fe y la pertenencia son actos personales o corren el riesgo de deshacerse. Los "soportes sociales" de la fe en la ciudad fácilmente se quiebran.

En este campo de la preparación inmediata, la colaboración colegiada permitirá también diversificarla en niveles específicos conforme a las categorías de personas que reciben dicha iniciación. No es lo mismo preparar para el matrimonio a un grupo de parejas de universitarios o iniciar a personas que tienen una cultura muy popular, preparar el bautismo de niños cuyos padres conservan la fe y atender casos de adultos que recién descubren la Iglesia.

Aún manteniendo las propias funciones parroquiales, las parroquias vecinas entre sí tendrán que favorecer la cooperación con el fin de ofrecer servicios especializados y con métodos que correspondan a la sensibilidad de las personas de la ciudad.

Además, esta colaboración pastoral ayudará a superar las tensiones que pueden surgir entre las parroquias atendidas por varios religiosos y otras donde un único párroco debe hacer frente a tareas tan diversificadas. El intercambio de personas para atender al pueblo es una necesidad que debe llevar a la superación de muchos egoísmos y aislamientos.

Por cierto, eso encontrará una dificultad que necesita regla-

mentación especial para no bloquear la acción pastoral: el aspecto económico. El compartir evangélico tendrá que superar tensiones cuyas víctimas son las personas que piden y tienen derecho a un servicio desinteresado. La sola apariencia de la comercialización en lo litúrgico es sobremanera escandalosa.

La renovación conciliar y la misma dignidad de las acciones litúrgicas piden a los ministros sagrados un cambio de **actitud en las celebraciones**. Es lamentable que se cambien los libros rituales y el misal sin renovarse en la manera de celebrar. Además de los motivos intrínsecos a la Liturgia y a los tiempos que vivimos, en el contexto urbano pueden presentarse otras motivaciones que reclaman que los sacerdotes reciban una auténtica reeducación en su manera de presidir las celebraciones. Al considerar la manera de celebrar, el párroco único de un pueblo es personaje integrado en la comunidad humana y, por tanto, es conocido por las personas que acuden al templo. Aunque tenga sus defectos en la celebración, es querido por otros motivos y eso lleva al pueblo a disculpar fallas humanas compensadas por otras cualidades.

Pero en la ciudad el sacerdote es, para la mayoría, un ilustre desconocido que actúa como hombre público. El se presenta al público en el altar y desde ahí podrá establecer relaciones personales o no. La imagen que se da en el altar puede ser decisiva para la definición o el concepto que se tiene de un sacerdote. Difícilmente las personas disculpan a un desconocido. La respuesta normal será evitar tal templo, tal parroquia, tal horario de misa, porque determinado sacerdote no ofreció un servicio digno como lo esperaban, y buscar otro lugar con ministros que respondan a sus aspiraciones.

Los sistemas sofisticados (T.V. por ejemplo) por los cuales la gente ciudadana recibe la comunicación en la ciudad —o desde la ciudad— exigen de mejorar la presentación de los signos litúrgicos y la

actuación en las celebraciones.

La diócesis urbana que no tomara en consideración los **Medios de Comunicación Social (MCS)** ciertamente estaría ignorando la misma estructura de la ciudad y su influencia en la realidad moderna. Una celebración por televisión, por ejemplo, puede significar, en términos numéricos, el equivalente a toda la población que acude a los templos de la diócesis. Además, la manera como llega a los telespectadores corresponde a la sensibilidad del público y permite comentarios que normalmente no salen en las celebraciones culturales del templo. Lo mismo se puede decir de las emisiones radiales.

Infelizmente, no se ha creado un tipo de Liturgia de los MCS. Es decir, se reproducen las celebraciones del templo, sin tomar en consideración el lenguaje propio de estos medios. Sobre todo la radio muchas veces reproduce programas de mala calidad que afirman su carácter desde lo "religioso" y no desde el medio de comunicación que tiene exigencias específicas. Otras veces se cometen serios errores no solamente en términos de comunicación —celebrando misa en la radio y no de radio, con su lenguaje propio—, transmitiendo celebraciones que no observan los aspectos de la renovación litúrgica, donde el mismo sacerdote hace todas las lecturas, entona (o desentona) los cantos y ejerce las funciones de todos los ministros.

Además, la celebración por los medios de comunicación tiene que ser algo asumido por la Diócesis, dentro de un plan orgánico, porque de hecho llega a toda la población de las más diferentes parroquias. El cuidado con las celebraciones por los MCS puede ser un método pedagógico de gran fuerza educativa para los fieles de toda la ciudad (1).

(1) (Véase al respecto "A em Cristo e na Igreja")

— Revista de Liturgia — No. 7, Enero de 1975, pp. 7-12; tam-

Finalmente hace falta descubrir el **carácter festivo** de toda Liturgia. El encuentro de la familia del Padre, reunida por el Espíritu en Jesucristo, no puede ser en clima de tensiones, anonimato, indiferencia... La alegría, el aliento de la esperanza, la profundización en la comunicación de bienes espirituales y materiales, la formación de la comunidad, son perspectivas de las celebraciones litúrgicas.

Crear un clima de alegría, de mutua acogida, de deseo de colaborar en la construcción de una ciudad más humana, del afianzamiento de la vida familiar tan dividida por las responsabilidades que la ciudad impone... son dimensiones que una Liturgia celebrada rutinariamente no hace descubrir.

Las celebraciones deben constituir momentos en que el hombre de la ciudad pueda encontrarse consigo mismo, con sus hermanos y con Dios de manera feliz y serena, alegre y tranquila; momentos en que todos puedan reanimarse en la esperanza de la realización del Reino en nuestras ciudades, que necesitan ser lugar de salvación y no de deshumanización y desesperanza.

... bién "Medellín", No. 23, Septiembre de 1980 — p. 394: "Liturgia en la TV: realidad y fundamentación".



*DRI.CELP/DOCEL No.051 Ej.2
Pastoral y Parroquia en la Ciudad
Celam, DELAI. Dpto de Laicos*

